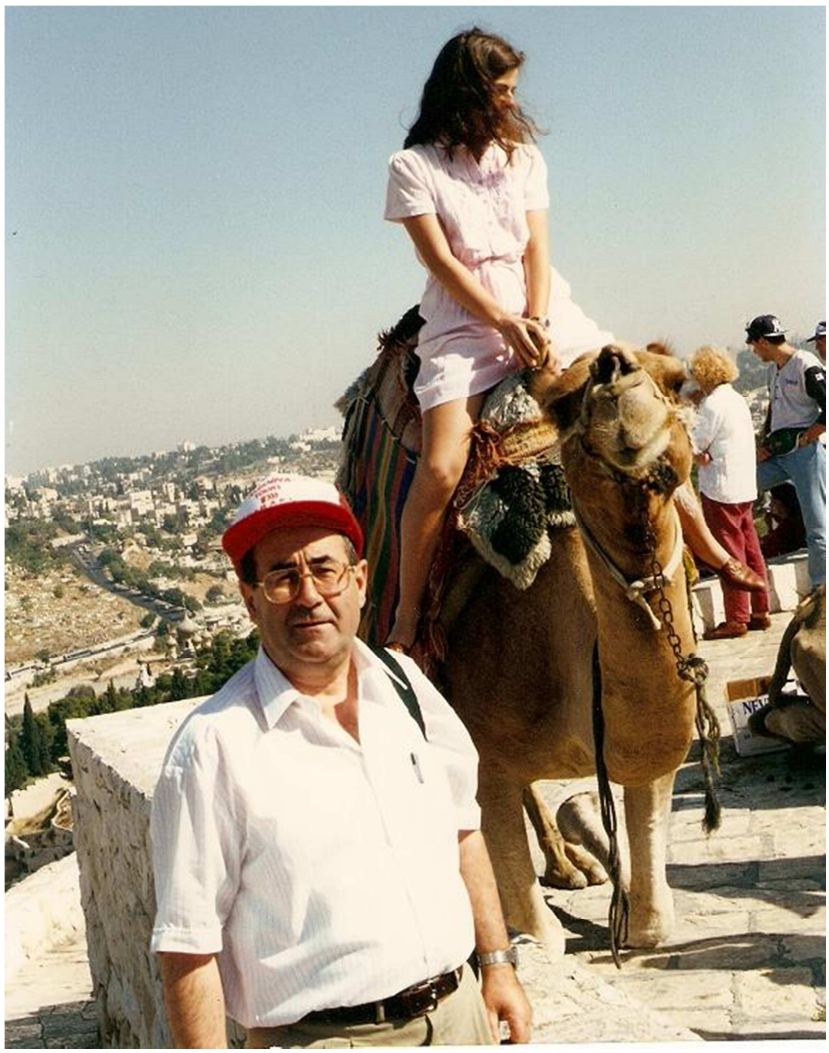
LIBRO APÓCRIFO,

ESCRITO POR LOS SENDEROS BÍBLICOS



EN RELATOS DE FE CREYENTE

JUAN MANUEL DEL RÍO, CSsR

PREÁMBULO

Nada más gratificante que leer la Biblia. Recoge la Historia de la Salvación, centrada en un Pueblo y una Tierra, llamada Tierra Santa, tatuada y arañada toda ella de caminos de fe, trazados a través de los siglos y del tiempo por hombres y mujeres creyentes y adoradores del Dios único, y que fueron protagonistas, en parte, de la gran epopeya bíblica.

Cada uno de los relatos que componen este libro "apócrifo", (según el autor), están basados en el Libro sagrado, la Biblia; pero redactados, literariamente, de manera vivencial y alegórica, desde las propias sensaciones y vibraciones íntimas, experimentadas en los diversos recorridos por la Tierra Santa, guardando siempre la estricta ortodoxia de la fe.

De este modo, reflexión y redacción, hacen que la Historia Sagrada resulte amena y atrayente. Cada pasaje bíblico es contemplado desde un enfoque sensible y poético, dejando que cada episodio conserve la objetividad original, y adquiera al mismo tiempo la belleza y atractivo de una lectura amena y agradable.

Se ha hecho así en vistas, sobre todo, a la gente joven que desea conocer y adentrarse en la Historia Sagrada que la Biblia presenta sin que ésta resulte árida.

Con esta redacción literaria, ágil y actual, sólo se pretende ayudar, a quien lo desee, como ha ayudado al autor, a adentrarse y dejarse fascinar por el maravilloso mundo de la Biblia, por cuyas páginas vemos desfilar a diario momentos sublimes de la Revelación Divina, que conocemos como Historia Sagrada.

Para situarse en el relato correspondiente, previo al mismo se citan en primer lugar los pasajes bíblicos en los que se basa la redacción subsiguiente.

Cada relato se convierte así en una reflexión atractiva y real, sin que por ello haya que atenerse a la estricta literalidad del acontecimiento bíblico narrado.

PRÓLOGO

La experiencia nos dice que no somos huéspedes a la intemperie en la casa interior de nuestro ser. Y que se es joven cuando se tiene alma de Poeta en luna llena, esa hora en que todo tiene su encanto: la mirada, la sonrisa, la palabra, el pensamiento, la música, la poesía, la compañía, y hasta la soledad. ¿La soledad, he dicho? Convendría matizar su definición. ¿Quién más solo que Dios? Y sin embargo, nada ni nadie más lejos de la soledad que Dios. La soledad de Dios es una soledad poblada de Amor.

Dios es el gran Poeta que ha escrito la Creación con la lírica contemplativa y pensante del Amor, que ha dado canto al ruiseñor, y a la abeja el don de saber extraer el néctar de una flor, o la inteligencia al ser humano para saber llevar las riendas de la Creación.

Dios es el gran Poeta y Soñador, sí, que traza a los peces los senderos de la mar, y al ser humano los senderos abiertos y libres de la ciencia y la cultura para saber hacer el bien y evitar el mal.

La Biblia es el Libro de la Creación. "Y vio Dios que todo era bueno" (Gn 1). Pero a veces, como en una tarde de tormenta, el sol se oscurece. En juego está la libertad. Y surgen historias como la de Caín, o el Ángel exterminador de Yahvé, el Archipiélago de Gulag, El Holocausto, Irak, las Torres Gemelas, Afganistán, o Siria. Pero también la belleza de Capadocia, Pamukkale, o los Andes.

Este libro pretende ser, ojalá, una alegórica metáfora resbalando desde el pensamiento, que nos ayude a recordar cuál es nuestro origen y nuestro destino, hasta llegar a los brazos calientes y amorosos de Dios.

Según avanza la tarde de nuestra vida, conviene recordar que todo viene, se va y se queda a la vez, varado sobre los hombros de alguien. Ese alguien es, sin duda, el creyente que pone toda su confianza en Dios.

Por eso, este libro va dedicado a quienes se esfuerzan por mantener joven su espíritu, en la certeza de que sabrán entender que todo bien nos viene del que es eternamente Joven: Dios.

En juego está la libertad personal que, como la brisa del mar, no se compra en los zocos, mercadillos y menos en las grandes superficies comerciales. Porque el hombre, como el viento, es nómada en el tiempo, y responsable activo de su libertad, hasta que purificado y limpio como las arenas del desierto, en plenitud de vida creyente, acierte a dar y ganar la otra luminosa orilla.

RELATO 1º

UNIVERSAL TIERRA MADRE

PARA ADÁN Y DESCENDIENTES

Pasaje bíblico: **Génesis:** capítulos 1 al 3

Supo con el tiempo que era la época, conocida más tarde como primavera, por el tatuaje verde del paisaje. Se encontraba Adán a la entrada misma de la Cueva que, capricho de este redactor apócrifo, lleva su nombre. Y así me referiré a ella como la Cueva de Adán.

Adán miraba el paisaje y cuanto le rodeaba con ojos muy abiertos. Todo le era nuevo, todo le fascinaba, el cielo, la tierra, las aves que volaban y cuantos animales caminaban por la tierra. El bosque, cada árbol, cada cosa, le producía una especie de felicidad intrínseca.

No obstante, a la vista estaba que su felicidad no era completa. Paseaba por la campiña, sentía los benefactores rayos del sol; si llovía se refugiaba en la cueva. Y cuando el calor, o el frío, pasaban de lo normal, se adentraba en la cueva. La temperatura constante de la misma era agradable, placentera, y allí solía pasar la noche. En el día jugaba con los animales que merodeaban la cueva. Se alimentaba de los frutos de los árboles, tan abundantes que había delante de la Cueva. Era feliz. Sin embargo, casi me atrevería a decir que no era completamente feliz.

Personalmente, también me hubiera gustado que la cueva hubiera pasado a la historia como la Cueva del Tiempo. Y diré por qué. Por ser, a mi modo de entender, la matriz universal de la creación. Pero no siendo esto seguro, dejaremos las cosas como están. Porque ni Cueva ni Tiempo son sinónimos de Adán.

El Tiempo se detuvo en Adán. Hasta aquel día en que…, bueno, dejémoslo para más adelante, primero debo presentar a Adán.

Adán significa Tierra, metáfora tan universal como el Tiempo. Nació sin padre ni madre. Al venir a este mundo se encontró sin nadie que lo recibiera. Pero nadie

piense que es huérfano. Fue Hijo de la Madre Tierra. Y Dios Padre le infundió espíritu de Vida. Su nombre quedó grabado para siempre en la memoria histórica de la Humanidad.

Allí estaba este, reitero, redactor apócrifo, situado a la distancia y amparo históricos que describen las primeras páginas de la Biblia. Bellísima catequesis teológica para describir lo que científicamente es imposible describir.

Aún no había nacido eso que llaman la prisa, el estrés. El cosmos giraba armónicamente. La felicidad lo invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío.

De pronto, volvió la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien en la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero que en apariencias se rechaza; o al instintivo alzar de la mano el niño, que sueña dormido en su cuna.

A Adán, hijo y parte de la Creación recién salida de las manos del Dios Creador y Padre, que es amor, con su ADN de tierra procedente del polvo, del agua y la idea, le dio un vuelco el corazón. Algo extraño sintió. Una corazonada que le hizo estar alerta. Luego, todo siguió en silencio. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Llegó la noche y se durmió a la puerta misma de la Cueva del Tiempo, -¡oh Madre Tierra bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable.

La brisa arrullaba su sueño. Y soñó. Soñó que Dios venía a la cueva, la Cueva llenándola de claridad. Su sueño fue placentero. Se desperezó y comenzó a caminar por el inmenso jardín del universo mundo; vio ríos, muchos ríos, y mares, y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón; y selvas, y desiertos.

—"El Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia Oriente, y colocó en él al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer; además, el árbol de la vida en mitad del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal".

Curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Dos, sólo dos. Y los dos convergían hacia un mismo árbol, espléndido, único en belleza. El árbol de la Vida, situado junto al árbol del Conocimiento del bien y del mal.

Se quedó mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio ni fin podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios, que le dijo, acariciándole de eternidad:

—Tú eres Libertad.
—¿Libertad...? No, no; yo me llamo Adán. Soy hijo del Barro y la Idea.
—En cuanto al cuerpo..., sí; tienes razón. Eres Adán, tierra, con denominación de origen. Tu piel es de tierra, amasada con agua del "río que nace en Edén, riega el jardín, y se divide en cuatro brazos: el primero se llama Pisón; rodea toda la tierra de Javilá, donde hay oro··· El segundo río se llama Guijón; rodea toda la tierra de Cus. El tercero se llama Tigris y corre al este de Asiria. El cuarto es el Éufrates". (Gn 2,10).
—¿Por qué soy libertad?
—Porque tu alma es espíritu, pertenece a la eternidad; eres espíritu, eres parte de mí, por eso eres y serás inteligente y soñador. Libre. Eres libre. Eres Libertad. Más libre que Yo, que a fin de cuentas, no he tenido más remedio que crearte
—¿Y por qué me has creado?
—Por amor. Yo soy Amor. Por eso tu nombre es Adán Libertad. Y Eva···
—¿Eva···?
—Sí, Eva; la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni saber de su presencia, cuando algo sentiste en tu corazón, también es libre. Igual de libre que tú: Eva Libertad. Será tu otra mitad, porque los dos, sois uno. Sois Libertad. Todo lo demás, de vosotros depende.

A Adán no le sonaba el nombre de Eva, y hasta donde se me alcanza, no debió retenerlo en la memoria.

—"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó" (Gn 1,26).
—¿¡Eva···!? ¿Eva Libertad..., has dicho?
—Sí, Eva. Eva Libertad; programada igual que tú con el soporte, sin el cual no habría Libertad, del bien y del mal.

Estaba yo fascinado leyendo y releyendo los dos primeros capítulos del Génesis. ¡Qué exuberancia de esencia y belleza poética! Cada día de la Creación en la eternidad de Dios era una caja de sorpresas. Los dos relatos, dispares y complementarios al mismo tiempo, claramente pertenecientes a distintas escuelas de redacción teológica, me resultaban una maravillosa ensoñación. Una espléndida metáfora en el milagro de existir.

—“Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno” (Gn 1,31).

Opté por el capítulo primero a la hora de recrearme en la redacción teológica que el Génesis hace de la Creación. Adán no tiene nombre, ni está solo; tampoco Eva se llama Eva, ni está sola: “varón y mujer los creó (Gn 1,27). El nombre de Adán corresponde al capítulo segundo.

Se comprende así por qué este redactor apócrifo se inclinaba más que por la Cueva de Adán, por la Cueva del Tiempo, alargada indefinidamente, valga la redundancia, en el tiempo.

—“Dios los bendijo; y les dijo Dios: Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gn 1,28).

De esta manera Dios emplaza al hombre a ser su lugarteniente en la tierra. A usar su inteligencia, su libertad, su voluntad y su responsabilidad.

De pronto, un cambio brusco sobre los planes trazados se produce. Los dos caminos vislumbrados por Adán van a dar al mismo árbol, ¿cuál?; porque había dos: Junto al “árbol de la Vida” estaba el “árbol del bien y del mal” (Gn 2,9).

El árbol de la Vida, la fuente de la Vida, según este redactor apócrifo, es el mismo Dios. El otro árbol corresponde al hombre, en el ejercicio inalienable de su libertad, la cual está trazada con certeros y dramáticos rasgos en el capítulo tercero.

—“La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho. Y dijo a la mujer…” (Gn 3,1).

Y dijo a la mujer. Y se entabla el más extraño diálogo que puso en jaque la libertad. No sin antes,

—“Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia, así que tomó de su fruto y comió” (Gn 3,6).

Se dio cuenta. ¿Dónde quedó la inteligencia original?, ¿dónde la libertad…? Para qué más diálogo.

—“Luego se lo dio a su marido, que también comió” (Gn 3,6).

Se había acabo el sueño de la libertad. Adán entendió por fin que no estaba solo. Y…

—“Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven” (Gn 3,20).

Fue Adán el que puso nombre a su mujer. La llamó Eva. Justo en el dramático momento en que por decreto-ley fueron expulsados del paraíso.

Sin más equipaje que un vestido improvisado tuvieron que salir corriendo del paraíso y comenzaron un difícil peregrinaje por el amplio mundo de la Madre Tierra.

Se había roto su inocencia. Se había roto su felicidad.

—“Comerás el pan con el sudor de tu frente” (Gn 3,19).

Ha pasado el tiempo; miles y miles, millones y millones de años y siglos; tantos, que imposible contarlos sería.

Este redactor apócrifo ha vuelto, al amparo de unas de las más bellas páginas de la Biblia, reprimida la nostalgia, y fosilizada el alma por el remordimiento, en busca de la Cueva de Adán. El tiempo la ha hecho desaparecer. Del paraíso tampoco queda ni rastro.

Sin embargo, la exigua lucidez que aún queda en la reserva, me ha servido para darme cuenta y saberme amasado de tierra, barruntador y necesitado de eternidad y de libertad; las mismas que quedaron abandonadas en el paraíso.

He visto a los innumerables hijos e hijas de Adán y Eva, yo entre ellos, caminar por la vida solos, desorientados; con la insatisfacción por horizonte, deambulando la existencia con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la libertad hecho jirones, internautas de la soledad, con el bordón de la insolidaridad golpeando en todas partes.

Hoy, el árbol del Bien y del Mal tiene muchas ramas secas que me sacuden el sueño; mas al abrir los ojos, veo que la mar sigue en su sitio, que los árboles no han desaparecido. Sólo los caminos se han difuminado.

—¿Y la Cueva...?
—La Cueva, ¡oh Madre Tierra bendita!, se ha cambiado ahora por el universo mundo.

RELATO 2º

NOÉ,

CAPITÁN DEL PRIMER BARCO MERCANTE

Pasaje bíblico:

Génesis: capítulos 6 y 7

El diluvio universal narrado en el Libro del Génesis es una hermosa alegoría en un contexto que se mueve entre el mito y la realidad. Se produce como castigo enviado por Dios a la humanidad. ¿Motivo?

—"Por aquel tiempo había gigantes en la tierra; incluso después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y engendraron hijos. Estos fueron los héroes de antaño, los hombres de renombre" (Gn 6,4).

Y continúa:

—"Al ver el Señor que la maldad del hombre crecía sobre la tierra··· el Señor se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra y le pesó de corazón" (Gn 6, 5-6).

Entonces Dios toma una decisión:

—"Voy a borrar de la superficie de la tierra al hombre que he hecho" (Gn 6, 7).

El Diluvio aparece por primera vez en un texto en la Epopeya de Gilgamesh. Pero hay más. En otros textos judeo-cristianos considerados apócrifos, como el Libro de Enoc, se muestra que la historia del diluvio no sólo fue un castigo hacia los hombres que obraron mal, sino principalmente en contra de un grupo de ángeles llamados Vigilantes y los hijos gigantes de éstos.

Así las cosas, se nos presenta la historia de Noé. Dios le manda construir un arca, y le dice:

—"Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en tu generación" (Gn 7,1).

Fueron en total ocho las personas que entraron en el arca: Noé y su mujer; sus hijos Sem, Cam y Jafet, y las mujeres de éstos. Al parecer, en ese entonces Noé no tenía nietos.

Está claro que este relato tiene base en los textos del siglo XV a. C. de la literatura de Mesopotamia. Es lo que podría llamarse un arquetipo universal. Una parte, qué duda cabe, debe tener alguna base histórica, que luego cada cultura la toma como propia.

Situándonos dentro del relato bíblico, este redactor apócrifo, no obstante, se lo figura así:

Noé no se cansaba de mirar el encapotado cielo desde una pequeña ventana de la enigmática Arca, donde, junto con su reducida familia, compartía su vida con los relativamente pocos afortunados animales que, para salvarse del naufragio universal, formaban el primer zoológico establecido en el mundo.

Un Arca en forma de barco. Debía ser el primero que construía en el mundo. Flotaba a la deriva.

Desde la ventanilla era todo lo que podía contemplar. Porque, bajo el Arca no había más que agua; agua y más agua. La tierra no aparecía por ninguna parte.

Durante cuarenta días con sus cuarenta noches no había cesado de llover. Pero llevaban dentro ciento cincuenta días. Toda una eternidad para su hastío y paro forzoso. No obstante, en el Arca reinaba una paz tan universal, envidiable y única, difícil de encontrar fuera de la misma.

Sin embargo, Noé comenzaba a impacientarse. Ciento cincuenta son muchos días, pensó. Y sin poder hacer nada, más que dormir y descansar.

—Esto pasa de castaño oscuro.

Aburrido como estaba, se había quedado adormilado cuando un golpe a estribor lo hizo sobresaltarse. Corrió a la acostumbrada ventanilla, que suplía al inexistente puente de mando del más grande y metafórico barco de la historia.

Fue el primer navegante náutico. Al golpe, todos los animales perdieron el equilibrio. Tuvieron que afianzar sus pies en el suelo de madera, formándose un gran estrépito.

El golpeteo en la madera tuvo el efecto de una sonora ovación para el primer capitán de la más extraña, simbólica y descomunal embarcación. Noé recobró todos sus reflejos y, de pronto y a pleno pulmón, gritó:

—¡Tierra…! ¡Tierra a la vista…!

El alboroto que se formó en el Arca fue indescriptible. Los animales, todos, se pusieron a emitir sus más dispares sonidos guturales mientras buscaban la puerta de salida.

También a ellos les pesaba la cautividad del Arca. Pero la ¡Tierra…!, que Noé gritó fue más deseo que realidad. Cierto que el Arca había quedado escorada al hacer fondo sobre la pendiente de un monte, pero el agua seguía cubriendo aún la tierra. No obstante, Noé comenzó a tomar las providencias necesarias para el inminente aterrizaje y desembarque. Eso pensó.

Echó una ojeada a su impresionante parque zoológico. Tuvo que empinarse para ver por encima y más allá de las jirafas. Al fondo, y subido a lo más alto del techo, vio a un cuervo. Lo llamó.

—Ven acá. Date una vuelta por ahí fuera. Inspecciona a ver si se puede hacer pie.

El cuervo salió. Dio, no una, mil vueltas. Imposible. La marea estaba todavía alta. Regresó cabizbajo.

—Habrá que esperar.

Al día siguiente, lo mismo. Y así, un día y otro. Imposible el desembarque. Noé comenzaba a impacientarse. Buscó un animal manso, que lo tranquilizara. Lo necesitaba. Una paloma se dio por aludida con sólo ver la mirada del capitán del barco. Posada en el alféizar de la ventanilla, dio dos o tres vueltas sobre sí misma, como saludando con su pavoneo a la concurrencia, y partió en vuelo ondulado.

Decepción. No mucho tiempo después, regresó de vacío para desencanto de Noé. Los animales inquirían con su mirada.

—El mapa isobárico que envía el satélite Meteosat, hubiera dicho hoy, es decir la paloma, anuncia buen tiempo. Pero el desbordamiento de los mares y de los ríos ha sido tan desproporcionado que habrá que aguardar un tiempo más.

Siete días más esperó Noé. Volvió a enviar a la paloma, que pasó a llamarse, desde entonces, paloma Mensajera.

Caía el sol cuando la paloma, moviendo las alas, regresó y se posó en el alféizar de la ventanilla. En el pico portaba un ramito verde de olivo. El mensaje era claro.

—Capitán, siete días más y podremos desembarcar.

Una cerrada ovación en forma de taconeo conjuntado de todos los animales sobre la madera acogió sus palabras.

—Guarda el ramo de olivo. Tú serás la primera en desembarcar. Lo haremos en son de paz. El olivo será la señal.

Y el olivo pasó a ser, desde entonces, símbolo universal de paz. Ocurría esto "el año seiscientos uno de la vida de Noé, el día primero del primer mes". Fue el día en que "se secaron las aguas de encima de la tierra". La paloma, Mensajera de paz, salió y no regresó.

Noé esperó a abrir la puerta para el desembarque hasta el día veintisiete del segundo mes, tiempo que aprovechó para catequizar a hombres y animales que estaban bajo su responsabilidad. No quería más desórdenes sobre la faz de la tierra. Se imponía la paz.

El diluvio había supuesto borrón y cuenta nueva. Era volver a empezar. En el corazón de hombres y animales, un anhelo común: la paz. Y en son de paz ofreció Noé un sacrificio a Dios con todos los animales que se presentaron voluntarios para el holocausto. Y mientras el humo ascendía al cielo, y la paloma sobrevolaba el altar del sacrificio con su ramito de olivo verde, la tierra se cubrió de olivos. Se inauguraba una era de paz, como una tregua indefinida, por lo cual comenzaba a ondear como bandera un arcoíris de luz a colores.

Ha ido pasando el tiempo. Mucho tiempo. Y los hombres han recorrido la tierra y el mar, en transatlánticos impresionantes, en aviones increíbles, y en misiles intergalácticos. Se han asomado al balcón del universo. Han escrito historias bonitas de amor, como el Cantar de los Cantares. Y han sembrado viñas para brindar con el vino nuevo de la amistad. Pero ¡ay!, han sustituido las palomas por aviones, y los ramos de olivo verde por misiles. Craso error.

¿Dónde quedó la paz...? ¿Será necesario otro Diluvio universal? Pero los olivos siguen meciendo en sus ramas el fruto que los buenos samaritanos usarán como primeros auxilios para curar las heridas de la discordia, del odio y de la guerra.

Y apareció la noticia en todos los medios de comunicación social:
—"Bajaba un hombre de Jerusalem a Jericó···",

Así comenzaría Jesús a narrar de nuevo esta bella historia de humanidad.

Lo asaltaron, y quedó como queda todo aquel que es golpeado en su persona o en su dignidad: maltratado, roto; contemplado por los mil curiosos de siempre, coleccionistas de curiosidades. Hasta que llegó la ambulancia del buen Samaritano, con el aceite de los primeros auxilios.

No obstante, convendría recordar que Samaritano y Herido son la misma persona, y aunque su nombre no conste en el informe policial, a buen seguro que se llama Jesús.

El mismo que no mucho tiempo después... Este redactor apócrifo lo imagina así:

Hacía calor aquel día. Era domingo; para más señas, un domingo de finales del mes de abril. Una muchedumbre incontable de todas las clases sociales corren hacia la calle por donde sube un hombre. Esta vez el camino es de "subida". El mismo Hombre. El Hombre de Nazareth. Está entrando en Jerusalem. Y entra en olor de multitudes, bajo un clamor de ramos de olivo que se cimbrean al vaivén de las aclamaciones: —¡Hosanna! ¡Hosanna···!

Han pasado siglos, muchos siglos desde que Noé flotaba en su Arca de salvación, impaciente y perplejo, sobre las aguas del Diluvio. El Arca, metáfora y realidad.

Hoy, Domingo de Ramos, según voy redactando estas líneas veo que las calles de la maltrecha Jerusalem, se llenan de palmas y ramos verdes de olivo, símbolos de paz. Falta la paz.

RELATO 3º

ABRAHAM,

EL NÓMADA UNIVERSAL

Pasaje bíblico: **Génesis,** capítulos 12 al 22

-I-

Estaba amaneciendo sobre el Monte Carmelo, donde este redactor apócrifo había pasado la noche. La tierra tenía el sabor del verano. Una pregunta insidiosa me rondaba en la mente:

—¿La Historia del Pueblo judío es la Historia de Dios?
—¡Qué disparate, desde luego que no!
—¿Por qué?

La cuestión no estaba en identificar a Dios con un pueblo. Se trataba de otra cosa.

—Dios no tiene Historia. La Historia pertenece a los hombres.
—Dios es eterno. No tiene un antes y un después, sino un eterno presente.

Del presente no se hace historia, luego Dios no tiene Historia. Argumento de lógica elemental.

—En cambio, el Pueblo judío, o Pueblo de Dios, como se prefiera llamarlo, sí.

Como cualquier pueblo, el judío tiene su propia Historia. Épica y grandiosa, que es, en definitiva, la Historia del Hombre. El Pueblo de Dios, juntando toda la Historia, es paradigmático, es diferente. La epopeya bíblica es la síntesis histórica de todos los Pueblos.

Mi mente argumentaba: —El mundo es un mosaico de parcialidades. A la vista está. De ahí los desajustes, de ahí las guerras, de ahí la violencia, de ahí la Historia, en definitiva.

La luz del amanecer iba en aumento, descubriendo la belleza del Hermón, y del Tabor, y del monte Sión··· En fin, la Tierra Santa, la Tierra de Dios. Tierra que, como una bendición, se despertaba en la quietud del paisaje.

Me dirigía al monte Sión, conocido también como Moriah. Era el monte de Abraham, y de Isaac, y de Jesús de Nazareth.

Cabalmente aquel día, de esto hace mucho tiempo, se encaminaba Abraham hacia allá, hacia el Moriah, con paso presuroso y la preocupación en la conciencia. Se le exigía el sacrificio de su hijo Isaac. Su conciencia tenía la densidad de un mar embravecido, donde las olas, tintas en sangre, presagiaban tempestad. Esa sangre que tantas veces bañaría la Tierra de Dios.

—"Abraham, toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moriah y ofrécemelo allí en holocausto" (Gn 22, 2).

Abraham, cuyo nombre significa "padre de muchos pueblos". Había nacido en Ur de los caldeos, en Mesopotamia, junto a la desembocadura del río Éufrates, hacia el siglo XV antes de Cristo. Y murió en Hebrón, donde fue enterrado junto con su mujer y el resto de su familia.

La prueba superaba sus fuerzas. No obstante, obedeció a Dios. Le partía el corazón ver caminar a su lado al hijo tan amado, víctima inocente.

—"Padre, tenemos fuego y leña, pero dónde está el cordero para el holocausto?" (Gn 22,7).
—"Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío". Y siguieron caminando juntos (Gn 22,8).

Caminaban por la Tierra de Dios, la Tierra de todos. Dios le había mandado salir de su tierra. Y en aras de la fe salió de su tierra. ¿A dónde? A donde Dios le indicara.

Mi mente voló hasta la Ciudad Santa: Jerusalem, construida sobre el mismo monte, también llamado Sión.

Sobre la explanada del Templo, donde hoy se asientan las mezquitas, quedaban tendidas las primeras víctimas de otro sacrificio que, a diferencia del incruento de Isaac, resultaba dramático y, además, inútil. Era el detonador de una preocupante espiral de violencia incontrolable. No hermanaban bien el oro del domo

de la Roca con el blanco de las piedras de la Ciudad Santa. Lo había dicho Jesús, el Divino Maestro:

—"¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!" (Mc 23,37).

El sol comenzaba a apretar también sobre la ciudad de Acre, situada, primero en la "Colina de las cerámicas", siglo IX a.C., en territorio cananeo; y ahora, en la punta norte de la bahía de Haifa.

—¿Que por qué he saltado a la ciudad de Acre?

Porque Acre es inestable. Se ha movido al compás de las olas de la política. Salomón se la había dado a Hirán, rey de Tiro. Resistió a los Asirios y a los Persas; abrió sus puertas, ventanas y celosías, a Carlomagno, para quedar bajo el dominio de los Tolomeos. Tolomeo I la destruye y Tolomeo II la reconstruye. Y lo mismo que una desposada cambia de nombre en los sucesivos matrimonios, Acre cambió: primero Tolemaida, ciudad próspera y mediterránea, comercial y estratégica. Fue allí donde Jonatán encontró la muerte, por la emboscada que le tendió Trifón, cuando la sublevación de los Macabeos.

Luego, Acre, también llamada Akko o Akka, situada en la costa de Israel, en el mar Mediterráneo, cerca de la bahía de Haifa, durante la tercera cruzada se llamó San Juan de Acre.

Me imaginé a san Pablo, desembarcando en la playa. Venía a visitar la comunidad cristiana. Desde ese día, muchos soles han amanecido sobre Acre.

Con los Cruzados, pasó a ser puente entre Europa y el reino Latino de Oriente. Balduino I conquista la ciudad.

Corre el año 1104. Como si lo viera.
—¿Qué es esa ingente flota de barcos?
—Son los genoveses, que vienen en apoyo de Balduino.

No muchos años más tarde: 1187. Otro amanecer sangriento. El hombre que supo unificar el Islam, Saladino, se apodera de Acre. Fueron cuatro años, cuatro años nada más, porque entra en acción Ricardo Corazón de León, y la recupera. Fueron los años más prósperos de toda su Historia, sin duda. Pero la prosperidad lleva fácilmente

a la corrupción; y la corrupción a la división. Y la división a la ruina. Divisiones internas, año 1291.

En efecto. El sultán Al—Ashraf Khalil, comandando el poderoso ejército mameluco, pone cerco a la fortaleza. Ni Templarios, ni Hospitalarios, ni Caballeros Teutónicos juntos han podido resistir a las armas del Islam.

Todos han sucumbido. Los cadáveres han quedado sembrados por el campo. Tras el fragor de la batalla se ha hecho el silencio.

—¿Y hoy?

Aún no se me va el susto del cuerpo. Ha sido así, de golpe y de pronto. Una fuerte explosión ha estremecido todo.

—¿Dónde ha sido?

—En la cercanía del restaurante en el que me encuentro.

La explosión ha sido terrible. Me hace retomar con urgencia la cruda actualidad. El ulular de las ambulancias y el griterío infernal de la gente que corre alocada hacia no se sabe dónde, hiela la sangre.

Cuando he logrado tomar el control de la situación, mi mente ha vuelto al 1291. La Historia no se detiene. Porque la sombra de Caín es alargada.

—¡Dios santo, qué nos está pasando! ¡La Tierra Santa!

¿No hemos dicho que esta Tierra es Tierra de todos? No lo dudo, pero por más que nos duela, sigue siendo la más violenta.

La Tierra donde las distintas religiones se encuentran debería ser también lugar de encuentro para toda la Humanidad. Y sobre todo, lugar de paz. Pero la paz...

He visto a los peregrinos. Llegan por cientos a la Tierra Santa. A buen seguro que cada quién trae una idea u objetivo determinados al visitarla. Unos, posiblemente los más, vienen por un motivo estrictamente religioso: aquí vivió Jesucristo. Otros, por una cada vez más imperiosa necesidad de conocerlo todo. Pero, peregrinación o turismo, la gente seguía llegando.

—¿Alguien se planteaba la cuestión de la paz? ¿Alguien la buscaba? Y lo que es más importante: ¿Alguien estaba dispuesto a ofrecerla?

Mientras tanto, este redactor apócrifo veía al Jordán ponerse en pie, detener sus aguas y, una vez más, dejar paso libre a todos los hombres y mujeres del mundo para converger, en una peregrinación universal, única, en la Tierra de Todos.

Y de pronto…, me pareció que la Tierra de Todos se transformaba en una Madre universal. Una Madre, cariñosa y buena, doliente y generosa, que tendía la mano a todos, atrayéndolos a su regazo. Esta Madre, lloraba; inconsolable. Era como querer recoger, si posible fuera, las lágrimas de todos los peregrinos y unirlas a las suyas. Sus lágrimas crecían, hasta formar olas que llegaban, saltando a través de los siglos, por el mar embravecido de las razas, hasta morir, serenas, en la playa fraterna de una paz universal.

Los peregrinos seguían bautizándose en las aguas escasas y sagradas del Jordán.

—Pero Caín continuaba sin reconciliarse con Abel.

No obstante, el Jordán seguía en pie, ofreciendo los guijarros de su cauce para que cada raza, tribu y nación, recogiera, aunque sólo fuera uno; y entre todos comenzar a construir la civilización de la paz y del Amor.

—Yo también he tomado una piedra para contribuir a la paz.

Llegada la noche, quise descansar en el Huerto del aceite. Lo llaman Getsemaní. Me he aposentado a la intemperie del relente.

Y que soñado que el Maestro, Jesús de Nazareth, también descansaba en Getsemaní.

Pero el Maestro no estaba. Los olivos eran testigos. La paz había desaparecido. Quise llorar, de impotencia y rabia. Y no pude.

En la franja de Gaza seguían los enfrentamientos.

—¿Dónde estará la paz?

Jesús de Nazareth. Tampoco él tenía paz aquella noche.

—“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz”.

Posible era, pero el cáliz del dolor y del abandono no pasó. Las lágrimas afloraban copiosas a los ojos del Maestro. Me estremecí. De todos los poros del Maestro brotaba la sangre como en un nuevo Jordán desbordado.

Cuando amaneció, en la cima del Calvario estaban preparando tres cruces.

-II-

Como un trallazo, seco, cegador, el relámpago impactó en Abrahám y el cuchillo saltó por los aires. Su mano quedó en alto, patéticamente alzada, y él, sobre el ribazo más encumbrado del monte Moriah, con gesto eternizado por la sorpresa, el asombro y el miedo.

Poco a poco fue volviendo a la realidad; recobró la dimensión de sí mismo y de su entorno. La tormenta se fue alejando con gran aparato eléctrico; los truenos retumbaban con eco cada vez más lejano.

Padre e hijo se miraron con mirada asustada, angustiosa, que denotaba miedo, pánico y perplejidad. Isaac saltó de la piedra, que hacía de altar sacrificial, en cuanto notó aflojarse la mano de su padre sobre su cuello. Dio unos pasos, vacilante, y cayó de rodillas. No pudo contener la emoción y lloró con sollozos entrecortados; las lágrimas bañaron su rostro. Su padre, mudo por el terror, miraba al cielo; cerró los ojos mientras poco a poco volvía sobre sí mismo. Y ambos dieron gracias a Dios por el sacrificio ritual no consumado.

Brillaba de nuevo el sol sobre las rocas blancas del Moriah. A la tormenta siguió la calma. En lenta ascensión se fue elevando el humo del sacrificio (un carnero de un rebaño cercano) sustitutorio de Isaac, la figura del que siglos más tarde se ofrecería, una sola vez y para la eternidad, sobre el mismo lugar en el altar de la cruz.

Aquella noche Abrahám, tumbado a la vera de un olivo y resguardado del relente por el promontorio de rocas, teniendo ante su vista las pocas casas de la que habría de ser la más célebre ciudad del mundo, Jerusalén, no podía conciliar el sueño. El firmamento, profundo y limpio, estaba cuajado de estrellas, incontables, a borbotón. Todas se movían inquietas, en el cielo infinito, como si quisieran hablar; más, como si quisieran gritar, desde su elocuente silencio envuelto en metálica luz.

También Abrahám se movía de un lado para otro, con desasosiego. Sus ojos despiertos miraban el ancho cielo; luego los cerraba, meditativo; seguía oyendo aquella voz que le venía de lejos:
-"Tu descendencia será más numerosa que las estrellas del cielo o las arenas de las playas".

No entendía.
-Y yo ¿quién soy? -se preguntaba a sí mismo-, apenas un pagano, un aldeano, perdido en el hondón del tiempo, nómada de mil desiertos, barruntador de transcendencias, orfebre de esperanzas...

Pero en la noche profunda de su alma inquieta la voz insistía:
-Tú eres y serás profeta de profetas, patriarca, padre y conductor de un pueblo que de ti nacerá; irá creciendo, será inconmensurable, abarcará el orbe entero, no tendrá final...
-¿Yo...? Yo soy, -se respondía a sí mismo-, un hombre de carne y hueso, taladrado de silencio, buscador de mi propia verdad. El miedo me invade a veces, muchas veces. Soy hombre débil...

Y mientras en el cielo las estrellas seguían su curso, sobre el monte Moriah Abrahám se adentraba en la fe que le convertía en creyente. Veía, cerca de él, a su hijo Isaac, que ajeno a los problemas y pensamientos de su padre, dormía plácidamente; mientras contemplaba a su hijo con infinita ternura, le pareció verlo transfigurado, resplandeciente, pendiente de una cruz entre el cielo y la tierra, muerto y resucitado, glorificado.
-¡Dios mío...! -gritó.

Pero desde el fondo de su conciencia atormentada, la voz le insistía:
-No, Abrahám, no. No te despistes. Isaac, tu hijo, es sólo figura, aunque figura que transciende el tiempo; a ti te toca, tan sólo, inaugurar los tiempos, colocar los mojones primeros de la historia, que el tiempo se encargará de transportar a realidades transcendentes...

Abrahám no estaba para elucubraciones mentales; seguía sin entender. Por fin le venció el sueño, y se quedó profundamente dormido, por el cansancio y la hora. El sueño reparador le trajo escenas, aún recientes.

Se vio a sí mismo saliendo de Jarán, agobiado por el hambre, caminando hacia Egipto, uno más, entre los pastores hicsos; todos iban en busca de trabajo y comida. Pero Egipto no le convenció; él era hombre de paz, pero los hicsos eran belicosos. Sin pensárselo más, echó a andar, y caminó de regreso, en compañía de su esposa Saray y Lot, su sobrino. Al llegar a Canaán, le pareció que aquella era tierra, si bien pobre, sí lo suficientemente razonable, para poder vivir en paz y sin demasiados apuros económicos, aunque a costa de separarse de su sobrino Lot; de otro modo, no habría pastos suficientes para los rebaños de ambos. Así lo hicieron. Negociaron el acuerdo amistosamente, se fundieron en un abrazo, y cada uno tomó su camino.

Aunque estaba ya amaneciendo y el sol hacía platear los olivares, Abrahám seguía dormido; su sueño se desarrollaba en una secuencia de escenas vívidas. Creyó quedarse sin aliento, por la fatiga en la dura persecución, cuando en compañía de los 318 hombres que pudo reunir, tuvo que salir a toda prisa desde el encinar de Mambré a entablar batalla. Le habían avisado que su sobrino Lot, que vivía en Sodoma, había sido capturado.

Primero se había entablado otra fiera batalla; fue tremenda, cruel. Los reyes de Senaar, de Elasar, de Elam, de Goim, declararon la guerra a los reyes de Sodoma, de Gomorra, de Adamá, de Seboím, de Segor. Fue una sublevación en regla, tras doce años de sometimiento. Los vencedores entraron a saco contra Sodoma y Gomorra; y, naturalmente, se llevaron a Lot, que era hombre rico y principal en la ciudad.

Abrahám desplegó toda la energía de que fue capaz y, con toda su gente los persiguió, cayó sobre ellos ya bien entrada la noche y los derrotó; y a los que huyeron los persiguió hasta Jobá, al norte de Damasco.

Cuando, con la satisfacción del triunfo, venía ya de regreso, tuvo que detenerse llegando a Jerusalén, porque a su encuentro salieron, profundamente agradecidos, el rey de Sodoma con todo su séquito, y Melquisedec, rey de la antigua Salem, más conocida por Jerusalén, y sacerdote del Dios Altísimo. Con gesto elocuente y profético bendijo a Abrahám, el gran triunfador.

La bendición llenó de serena paz el alma del Patriarca. Y, justo en ese momento, se despertó. Vio a su hijo Isaac, todavía un mozalbete, ya levantado, que preparaba el fuego para hacer el desayuno. Lo contempló con cariño paternal, complacido. Lo saludó:
-Paz, hijo mío, que Dios te bendiga y te conceda buen día. Tendremos que darnos prisa, antes que se haga tarde, pues saldremos hacia Berseba.

Antes de espabilarse del todo, contempló una vez más la aldea de Jerusalén que, poco a poco, se iba despojando de la pereza del amanecer. No supo con claridad si aún seguía soñando, porque de pronto, le pareció ver que Jerusalén era una gran ciudad. Restregó sus ojos, no soñaba; sus muros, sus piedras, sus calles, todo, rezumaba historia, santidad y pecado. La muchedumbre se apretujaba en las estrechas y empinadas calles. Los soldados se abrían paso con dificultad, a latigazos. Los golpes secos y al unísono de los tambores, marcaban la marcha. Y por sobre las cabezas de la multitud sobresalían tres cruces. La del centro era más grande; su portador, Jesús de Nazaret.
-¿Jesús de Nazaret...? Si tiene la majestad de un rey..., y la reciedumbre de un profeta..., y la serenidad de un sacerdote...; pero no de este templo, imponente y majestuoso, de cúpulas doradas, que va quedando a un lado... ¡Dios mío...! ¡Cómo se parece a mi hijo Isaac, el hijo de la Promesa...! ¡Pero..., si es el Mesías...! ¿Qué digo...? ¡Ay, Dios mío, la tormenta de ayer debe haberme trastornado el cerebro!

Recogió sus pertenencias, fue bajando por una senda que bordea la Yerusalaim hebrea, antes Urusalim, por su nombre cananeo, conocida también por su nombre fundacional Salem, según constaba en los archivos reales de Ebla, en Siria, y en las

cartas de Tell Amarna, en Egipto; a la que los jebuseos llamarían Jebús, y David convertiría en su ciudad: La Ciudad de David... ¡Jerusalén!, y se dirigió, en silencio, con su hijo hacia Berseba, por el desierto, como buen nómada.

Tanto él, Abrahám, como su hijo, Isaac, no sabían de historia. Ellos eran, nada más y nada menos, que el mojón inicial de una historia que, en verdad, y para siempre, habría de llamarse, La Historia Sagrada.

Cuando este cronista, testigo de excepción, se dispone a redactar estas líneas, el sol luce radiante sobre Jerusalén, la ciudad santa de todos los creyentes en el verdadero y único Dios; y los cristianos celebran ya, con gozo exultante, la fiesta grande y triunfal del Domingo de Resurrección.

RELATO 4º

EL DESIERTO,

TIERRA DE LOS SIN PAPELES

Pasajes bíblicos:

Éxodo capítulos 19-24

Habíamos recorrido los escasos 40 kms. que separan Jerusalem del Mar de la Sal. Con esa tibieza indefinible que tiene de pereza sorprendida la luz matinal del amanecer, el lago se nos presentaba bucólico y familiar, agreste y paradigmático a la vez, en su quietud.

La sal trepaba por todos los salientes rocosos, formando verdaderas estatuas. Parecían un memorial perenne a la mujer de Lot. Quietas, eternizadas en el silencio tendido sobre la superficie del agua.

Por el inhóspito desierto que rodea, encierra, y vela el sueño sepulcral de este lago, llamado Mar Muerto por la sobredosis de sal, se veían, como venas luminosas, estrechos caminitos trazados por los minúsculos rebaños de corderos y cabras que los surcan. Tierra tersa, ocre, infinita de soledad; ondulada tierra, aparentemente deshabitada, sólo aparentemente, pues el desierto está lleno de vida.

—Boker tov; buenos días, saludó el guía. Se han fijado en el amanecer? Qué paz, qué tranquilidad. Es como un salmo que invita a alabar a Dios.

Íbamos pisando la misma tierra santa, y por los mismos caminos, tantas veces recorridos por el Rabí de Nazareth. Poco a poco, la luz comienza a bullir por todas partes. El desierto es agreste, pero invita a la paz.

—El desierto es el areópago de la paz, —dijo alguien.
—Y cada tienda de beduinos un oasis de hospitalidad y de amistad, —subrayó el guía. Y añadió:
—Cada tienda de beduino es un escaño en el parlamento universal del desierto, desde donde se imparte la ancestral doctrina de la hospitalidad.

El sol estaba bajo aún, así que las sombras seguían alargadas. Con la luz todavía alargada del amanecer intenté proyectar mis recuerdos a lo lejos. Otros, antes

que este redactor apócrifo, habían recorrido los alargados caminos del tiempo. El del Éxodo, por ejemplo. Este fue un camino universal, indeleble, que marcó la Historia de un Pueblo.

Me asomé a los siglos XII-XI antes de Cristo, significativamente reflejados en el libro del Éxodo. Ahí aparece, por ejemplo, el Código de la Alianza. Alguien me sugirió:

—Lee, por favor, Éxodo 22, y más; que hay mucho que leer.
—"No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto".

Correspondía a los tiempos del establecimiento de Israel en Canaán. Memoricé: "No molestes ni oprimas al extranjero, porque vosotros también fuisteis extranjeros en Egipto".

—Lee también el libro del Deuteronomio. Ahí aparece también el Código de la Alianza; data de tiempos del rey Josías, siglo VII a.C.

Sin precedentes en la Historia, establece un impuesto social para ayudar a los extranjeros. (Dt. 14, 28-29). Se trata, efectivamente, del diezmo trienal, para ayudar a levitas, viudas, extranjeros y, en una palabra, a los necesitados.

—Y como si eso fuera poco, está también el Código de Santidad, del libro del Levítico.

No tiene desperdicio. Es allí donde se equipara a los extranjeros con los israelitas: "Si un emigrante se instala en vuestra tierra, no le molestaréis; será para vosotros como un nativo más y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto". (Lev 19, 33).

—Ya lo creo que fuimos emigrantes···, pensé

Esta vez mi mente no se fue a tiempos pasados. El presente estaba resultando de acuciante actualidad. En Barcelona, en Murcia, y en otros lugares, los "sin papeles" tenían tomadas las iglesias. Y en Ramala seguían los disturbios entre palestinos y soldados israelíes. ¿Por qué tiene que haber, siempre, un algo que perturbe la paz de un amanecer? ¿Por qué ni en la soledad agreste y serena al mismo tiempo del desierto se puede encontrar la paz?

—No puede haber paz mientras no desaparezca la crispación de las conciencias. Y se establezca la justicia. Y desaparezcan las guerras, producidas muchas veces por las mismas religiones.

Teníamos que continuar nuestro peregrinar. Estábamos en la tierra de los esenios, y Qumrán estaba cerca.

Qumrán es un valle del desierto de Judea en las costas occidentales del Mar Muerto en Cisjordania, muy cerca del kibbutz de Kalia. En Qumrán lo importante son las ruinas y las cuevas donde en 1947 se encontraron los famosos Rollos, conocidos por ese nombre. Un valioso tesoro arqueológico y bíblico, como todo el mundo sabe. El sitio fue construido durante, o quizá con anterioridad, al reinado de Juan Hircano, entre el 134 y el 104 antes de Cristo. Tuvo diferentes etapas de ocupación hasta probablemente la caída de Jerusalén en el año 70 de nuestra era a manos de Tito y la Legio X Fretensis. Un poco antes, en el 68 fue destruido el asentamiento de los esenios.

Dos kilómetros nos separaban del Mar de la Sal, o Mar Muerto, y 13 km de Jericó. Estábamos a 375 metros bajo el nivel del mar Mediterráneo. El calor estaba en su apogeo.

Mientras caminábamos hacia el monasterio de los esenios fui rumiando una inquietante pregunta: ¿Y quién no es extranjero...? Israel fue un pueblo errante. Abraham el primer nómada de la Historia bíblica. Pero hoy nadie debería sentirse extranjero.

—¿Y los “sin papeles?”.
—¡Antes que los “papeles” están los “derechos”!

Qué verdad. Nadie nace con “papeles” pero todos nacemos con “derechos”. Los derechos están antes que los papeles, porque son inherentes a la persona. Y la persona está por encima de todos los papeles, habidos y por haber.

La voz de mi interior se había alzado con fuerza. Tuve la sensación de haber gritado. Sentí como si todos me hubieran escuchado. Miré a los demás peregrinos, pero nadie se inmutó. Nadie me había escuchado. Menos mal, o menos bien. Porque este grito de justicia debería extenderse por el mundo entero. Deseé que el eco de esta voz de justicia se esparciera, como un renacido Juan Bautista, por el desierto, uniéndose a otras muchas, infinitas, voces. A fin de cuentas estábamos en tierra de profetas.

Fui yo, ahora, quien sin poder reprimirse gritó:
—¿Dónde están hoy los profetas?

Alguien a mi lado sugirió:

—Aquí vivían lo esenios, no los profetas.

—Te equivocas. Aquí vivió Juan el Bautista. ¡Y vaya que si era profeta!

Pero está visto que hoy los profetas han sido sustituidos por los políticos. ¡Qué desgracia!. Así lo pensé, pero me abstuve de decirlo en voz alta. De todos modos, la persona se acredita por sí misma. La tierra es de todos.

—¡La tierra es de todos!

Algunos me miraron con cara de fastidio. Aprovechando que el guía se quedó solo, le dije:

—Tengo entendido que las Cuevas de Qumrán se remontan a los tiempos de Ozías.

—Eso parece. Y siempre hubo aquí mucha vida, hasta la ocupación y caída de la fortaleza de Masada a manos de la X Legión romana.

Hoy no se puede entrar a las cuevas, no hay acceso, al menos para los turistas. Pero la cabra que dio origen al descubrimiento, no tanto de las cuevas, cuanto de las tinajas y los "rollos" en ellas contenidos, por algún sitio había subido y entrado. En buena hora. De otro modo, las tinajas con los rollos quizá aún estuvieran allí sin ser descubiertas.

Me imaginé el chasquido lastimero de una tinaja al romperse en mil pedazos. Bastó una piedra lanzada al azar por un pastor beduino para despertar el sueño y la memoria de un pueblo, también beduino, expoliado y desaparecido en la quietud intangible del desierto. Seguí preguntando:

—¿Quiénes eran exactamente los esenios?

—Una especie de monjes del desierto.

—¿Monjes del desierto?

—En parte, sí. Yo diría, más bien, que eran buscadores de Dios.

Tracé en mi mente los rasgos de una geometría imaginaria:

—Jericó, Mar de la Sal, Qumran, formaban una trilogía perfecta donde convergen los buscadores de un mismo Dios que, por distintos caminos, tratan de encontrarlo y adorarlo.

Fue Josué quien envió, desde el Monte Nebo, hombres a Jericó. Regresaron con la buena noticia de que era una tierra feraz cuya prueba estaba en los frutos ubérrimos que traían.

—La Tierra de promisión.

Jericó. Era el lugar donde nos encontrábamos ahora. Tras la fatiga del largo viaje por el desierto los israelitas habían encontrado una tierra fértil. Y Puerta de entrada a la Tierra prometida.

—Este es el oasis de Jericó. En la fértil vega del Jordán.

Mi reflexión continuaba: —En Egipto, nuestros padres trabajaron “sin papeles”. Y sin papeles atravesaron el Jordán.

El fértil valle, y sobre todo, el Jordán, guardaba hondas reminiscencias. Lugar de encuentro, a veces, y frontera, siempre, sus aguas bautismales purificaban el dolor original de una humanidad errante y trashumante. La voz de los profetas estaba suspensa en las arenas flotantes del desierto. Bajo el Mar Muerto, tan cercano, yacen sepultadas las ruinas de Sodoma y Gomorra.

Mientras, en Qumran se elabora y guarda la teología de la fidelidad bajo el estricto control del Maestro de Justicia.

Me imaginé a los obreros, artesanos de la ley escrita, trabajando incesantemente sobre los pergaminos que pronto habría que esconder y conservar en cuevas. Porque Qumran es la memoria histórica y real de un pueblo. Qumran es el disco duro del desierto, y de sus gentes. La base de datos del gobierno de un pueblo, tanto en lo social, como en lo político y lo religioso.

Por la pantalla del monitor de mi memoria comenzaron a desfilar una serie de documentos. La lista de normas de conducta, dirigidas tanto a gentes de ámbito urbano, como del campo, era completísima. Allí, un ritual, para la ceremonia del matrimonio. Más allá, un código de conducta. Por la pantalla seguían desfilando siglo y medio de actividad incesante de un sector definido del grupo esenio; el mismo que se había distanciado del judaísmo oficial.

—Es decir, que los esenios buscaban la fidelidad a la Alianza.

—Claro, a la Alianza, con el respeto exigido a la puesta en práctica de la Ley.

A la vista quedan en los museos los vestigios del monasterio, tras las excavaciones arqueológicas, dándonos idea del régimen de vida en la comunidad: trabajo, estudio, meditación. Los museos guardan una amplia serie de pergaminos: los famosos “Rollos de Qumran”.

—Son los Libros santos, escritos sobre la piel del tiempo, -pensé.

RELATO 5º

LOS ESPÍAS DE JERICÓ

Pasajes bíblicos:

Números: capítulo 20
Josué: capítulos 2 y 6

Difícil resultaba conciliar el sueño. Las imágenes se agolpaban en la mente a tal velocidad y con tanta profusión, que era como estar viviendo en un país de ensueño y sobre una nube desde donde podía contemplar, en vista panorámica, la película más vívida y real de la historia.

Era una sensación como de estar en una tierra soñada y siempre añorada: la tierra donde nadie se siente extraño. Era la tierra de todos: la Tierra Prometida.
—¿Y yo...?

Yo era un judío universal, que había subido a Jerusalem para alabar y rezar al Dios de mis padres. Pero también era, no sé si por suerte o necesidad, un turista, en el sentido propio de la palabra; por consiguiente, un espía.

Mi mente archivaba cuanto mis ojos veían. Pero era mucho más lo que veía con el corazón.

Esa misma tarde habíamos estado del otro lado de la frontera. Declinaba la tarde, pero aún se veía perfectamente el paisaje, épico y sublime, que se ofrece desde el Monte Nebo. Cerré los ojos, para saborear mejor tanta vivencia y emoción. Me sentí hijo de mi pueblo en cuya frontera me encontraba. No quise recordar, -o quizá me faltaba la memoria de ese trozo de historia-, la salida de Egipto. Yo también había llegado, con los sobrevivientes, hasta el Monte Nebo.

Me imaginé que me acercaba a Moisés. Anciano de años, pero aún fuerte, y colmado de santidad, más que el calor del desierto, los años, o la fatiga al atravesar las estepas de Moab, a Moisés le pesaba la nostalgia y la tristeza por la cercanía de su fin. Dios le había dicho: no pasarás. Y no pasó.

Lo vi subir con lentitud la pendiente del monte Nebo. Extendió su vista, que revelaba su alma de patriarca y profeta a la vez; y, lenta y solemnemente, bendijo al

Dios de sus padres. A continuación bendijo también al pueblo por última vez. A su lado estaba, firme y serio, su fiel ayudante, Josué; detrás, todo el pueblo, o lo que aún quedaba del mismo, diezmado por la larga travesía del desierto y las claudicaciones.

Al frente, visible, soñada, deseada, la tierra entera; desde Galaad hasta Dan, incluyendo las tierras de Neftalí, Efraím y Manasés, y la tierra de Judá, y el mar Occidental, y el Négueb, y Soar.

Pero lo que hacía que sus ojos se cimbrearan de gozo, eran las palmeras de Jericó y el verde valle; el oasis más espléndido que jamás hubiera podido soñar o imaginar.

El día era radiante, no subía aún la tenue bruma del Mar Muerto, que opaca un tanto la vista. Así que, de un lado, rielaba el Mar de la Sal, del otro, la mancha verde de las palmeras y ubérrimos huertos.

—¡La Tierra prometida!, gritó Moisés. Y un...

—¡¡¡Ooohhh...!!! -en clamor de multitud se elevó al unísono de todas las gargantas.

Luminosa, amurallada, coqueta, espléndida, lucía del otro lado y abajo la ciudad de Jericó señoreada sobre la amplia y fértil vega del Jordán.

Moisés no había olvidado la sentencia que Dios le había dado, allá en Meribá. El pueblo se había amotinado contra Moisés y contra su hermano Aarón porque se morían de sed. Moisés oró al Señor, y el Señor le dijo:

—"Coge la vara y reunid la asamblea, tú y tu hermano Aarón, y habladle a la roca en presencia de ellos y ella dará agua" (Núm 20,8).

Así lo hizo. Moisés y su hermano reunieron a la asamblea delante de la roca. Había irritación en sus palabras.

—"Escuchad, rebeldes: ¿Creéis que podemos sacaros agua de esta roca?" (Num 20,10).

Era quizá él el que no creía. Todos callaron.

—"Moisés alzó la mano y golpeó la roca con la vara dos veces, y brotó agua tan abundante que bebió toda la comunidad y las bestias" (Num 20,11).

Dos veces. ¿Por qué? Bastaba con una. Esto evidenció sus dudas.

Desde lo alto del monte Nebo Moisés recordó este momento. Estaba a las puertas de la Tierra Prometida pero no entraría. Acató la voluntad de Dios. Luego cerró los ojos, quedó como en éxtasis, musitó una oración y su alma se elevó lentamente hasta el Dios de sus padres.

Cuando terminó el mes de duelo decretado por la muerte de su gran líder Moisés y había prisa por entrar a la Tierra prometida, como una colmena nerviosa y laboriosa se movía el pueblo.

Josué tomó el bastón de mando que Moisés le otorgara. Y con la autoridad que Dios mismo le daba, se dispuso a pasar el Jordán. No quería emboscadas, ni sobresaltos. Era hombre de paz, así que envió dos hombres de su total confianza a espiar, es decir, a turistear.

No debían levantar sospechas: los dos turistas, con aire despreocupado se dirigieron directamente a la casa de Rajab, la prostituta, cuya casa estaba adosada a la muralla.

Una prostituta no levanta sospechas, es mujer universal. Entraron. A ella no la tocaron. Y mientras saboreaban los dátiles que galantemente les ofreció, le hablaron con franqueza de sus planes. Hubo un tira y afloja, y muchas discrepancias. Y por fin, una solución concertada.

Curiosamente, Rajab, la prostituta, estaba al tanto, sabía mucho, más de lo que ellos se imaginaban. Por su casa pasaba mucha gente, de toda raza y condición; estaba al corriente de los avatares del pueblo que ahora lideraba Josué. Y tenía miedo. No lo ocultó. Temblaba por ella y por su pueblo.

—Os he tratado con bondad; juradme, por vuestro Dios, que haréis lo mismo conmigo y con los míos.

—Juramos que te trataremos con bondad y lealtad. Ata en la ventana este cordón escarlata, como señal de protección; mas, si divulgas nuestro asunto, quedaremos libres del juramento.

Los forasteros no habían pasado desapercibidos; un manto de sospechas cubría la ciudad. Sonaron golpes en la puerta. Las autoridades, y un grupo de gente, se apiñaron junto a la puerta de Rajab. Los golpes en la puerta arreciaban.

—¡Voy, voy...!

Hizo subir a los espías al terrado, donde se escondieron entre unos haces de lino. Los golpes y el griterío iban en aumento.

—¡Ya voy, ya voy...!

Con una sonrisa zalamera abrió la puerta.

—¡Entréganos a esos hombres que están contigo!

—¿Conmigo...? ¡Conmigo no hay nadie. Estoy sola. ¿Los hombres...? Sí, estuvieron aquí, pero se fueron anoche, cuando estaba oscureciendo y las puertas iban a ser cerradas; dijeron que tenían prisa. Creo que iban hacia el poniente. Seguro que si os dais prisa, aún los alcanzaréis...

La gente se dispersó; algunos, enviados por las autoridades, salieron en persecución de los espías.

Mientras tanto, éstos permanecieron escondidos en la terraza de la casa de Rajab. A los tres días regresaron los perseguidores; volvieron como se habían ido, de vacío.

Entonces los dos espías se deslizaron por una cuerda desde la ventana que daba a la muralla. Sobre la ventana de Rajab quedó luciendo la señal convenida: el lazo escarlata.

Señalaba también, quizá para siempre y con sentido universal, la casa de, para unos, una mujer pecadora; para otros, su salvadora.

No volví a pensar en Rajab. Sólo sé que era guapa, muy guapa, de rostro juvenil, y ojos profundos; tenía el encanto que imprimen las sales del Mar Muerto.

De pronto, el Jordán se puso en pie. Las aguas se apretaron muy al norte y también junto al Mar de la Sal. Todo el cauce quedó seco; y el pueblo comenzó a pasar, a pie enjuto. Primero los sacerdotes, con el Arca de la Alianza; después el pueblo.

Terminada la travesía en seco del río más sagrado y de bautismales aguas, Josué mandó que doce hombres, uno por cada tribu, se acercara al cauce seco y que de los cantos rodados tomaran uno por cada tribu.

Atrás habían quedado para siempre la opresión, la esclavitud y la humillación. La frontera marcaba un antes y un después. Las aguas del Jordán volvieron a

juntarse. Pero las piedras arrancadas al cauce serían señal, cimiento y altar, de una página nueva que se habría para el Pueblo escogido.

Por fin, habían entrado a la Tierra Prometida. Situados a cuatrocientos treinta metros bajo el nivel del mar Mediterráneo, los mismos que marcan la depresión del Mar de la Sal, este Pueblo soñador iniciaba desde Jericó la conquista de la Tierra Prometida, y la bíblica subida a Jerusalem.

Pueblo amasado de gracia, de pecado y perdón, de infidelidad y esperanza, de sufrimiento y valor; y de épica grandeza, envuelto en la santidad del Dios único y sublime que responde al nombre de Yaveh, o Adonai Elohim, para los judíos; Dios Padre, para los cristianos; o Alá para los musulmanes, a la plegaria de sus dispares seguidores.

Este redactor apócrifo, desde la terraza del hotel, seguía contemplando la noche de Jerusalem, llena de luz y de encanto, que invitaba a soñar y a recordar. Recordar es soñar, y soñar es transcender. Es también rezar.

Jerusalem, la ciudad santa, situada en lo alto, tan llena de luz, era una plegaria universal. Desde el Muro de las Lamentaciones subía, como el incienso vespertino, un murmullo de salmos, en rítmico vaivén de todo el ser.

Desde la mezquita de La Roca, el Profeta era llevado también, en hermoso y alado alazán, a lo más alto de los cielos, entre tules de ángeles y arcángeles. Pero allá arriba, en el Santo Sepulcro, la más visitada y sublime tumba, permanecía vacía.

En el jardín del Huerto de los Olivos, otra Rajab, más conocida por María Magdalena, nacida en Magdala, mujer universal por pecadora, convertida y santa, musitaba con un suspiro estremecido:

-¡Rabbuni...! ¡Maestro mío...!

RELATO 6º

JONÁS,
PROFETA DE ESPERANZA APÓCRIFA

Pasaje bíblico: **Libro de Jonás**

El lenguaje de las parábolas, por lo que tiene de signo y metáfora, resulta muy adecuado para hacer comprensivo el mensaje que se desea transmitir. Jesús de Nazareth hizo muy suyo este lenguaje en su predicación. Es lenguaje sugerente y, sobre todo, es muy didáctico.

En el Antiguo Testamento hay varios libros que utilizan también el lenguaje de las parábolas. Un ejemplo fehaciente es el Libro de Jonás.

Jonás, el hijo de Amitai, más allá del personaje, es ante todo una hermosa parábola.

—"Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes" (Jon, 1,2).

Dios lo envía a predicar a Nínive, pero Jonás rehúye el compromiso. Menudo lío en el que Dios le mete. ¿Quién en su situación no hubiera hecho lo mismo? ¿Ir a Nínive, una ciudad tan grande, con gente tan enrevesada? ¿Qué caso me van a hacer? Es perder el tiempo.

Así debió pensárselo bien. Sacó una conclusión, no vale la pena ir y no iré. Y, aprovechando que un barco está a punto de zarpar, se embarca. En dirección contraria, por supuesto.

Nínive era ciudad muy grande. A él le queda más grande aún. Durante la travesía seguramente iría rumiando:

—¿Yo ir a Nínive? A qué, ¿a perder el tiempo? Si nadie me va a hacer caso... ¡Quita, quita! ¡Ni hablar!

De repente cambia el tiempo, se echa encima una tormenta, las olas comienzan a encresparse.

—"Pero el Señor envió un viento recio y una fuerte tormenta en el mar" (Jon 1,4).

Empieza a entrar agua en la embarcación. Los marineros se afanan en achicar el agua. El miedo de apodera de ellos porque el barco amenaza con romperse.

—"Los marineros se atemorizaron y se pusieron a rezar, cada uno a su dios" (Jon 1,5).

El único que parece no haber perdido la calma es Jonás.

—Jonás bajó al fondo de la nave y se quedó allí dormido" (Jon 1,5).

—¡Vaya por Dios! Quedarse dormido…, ¿es posible?.

Pero el capitán del barco, que no da crédito a lo que sus ojos ven, se acerca a Jonás y le increpa:

—"¿Qué haces durmiendo? Levántate y reza a tu Dios" (Jon 1,6).

A pesar de ser gente de la mar, y por muy supersticiosos que pudieran ser, algo sienten o intuyen. Algo que se sale de lo normal. Así que, se ponen de acuerdo.

—"Echemos suertes para saber quién es el culpable" (Jon 1,7).

No podía ser de otro modo. La suerte le tocó a Jonás. Entonces reconoce públicamente su culpabilidad. Se confiesa creyente en el verdadero Dios. Se identifica. Asume su culpa y su responsabilidad, y pide ser arrojado al mar.

Luego de todas las peripecias desagradables que le ocurren en el mar, termina por rectificar el camino. Y va, vaya que si va a Nínive. Sin embargo, sigue sin estar muy convencido de la misión que Dios le ha encomendado. Es el profeta que podríamos llamar de la desesperanza. Es decir, todo lo contrario a lo que debe ser un profeta. Cumple, de oficio, la misión encomendada. No obstante la mala gana, cumple, aunque sin convencimiento.

Y de pronto ve, contra sus propios pronósticos, que aquella gente comienza a cambiar. Que sus palabras, pronunciadas más por oficio que por convicción, han llegado al corazón de las gentes.

—¡Caramba!, dice para sí, ¡si están cambiando, si hasta han comenzado un ayuno penitencial! ¡Vah, chaparrón de verano! ¡Esta gente no tiene remedio! ¡Si lo sabré yo!

Y se sienta, en lo alto de una colina a las afueras de la ciudad, como un Nerón adelantado en el tiempo, para ver arder la ciudad con el fuego que Dios, sin duda, hará bajar desde el cielo.

—¡Si es que, esta gente es muy mala, hombre, es gente muy mala! ¡Si lo sabré yo!

Pero Dios no hace bajar fuego. Dios no es un destructor, sino el Dios compasivo y misericordioso. Y Nínive, mal que le pese al profeta, se convierte.

Varias son las conclusiones que podrían sacarse de esta aleccionadora parábola de Jonás. Me quedo con dos: Una, la situación de pecado en el mundo. Dos, la actitud del mediador.

El pecado es una realidad que no se puede ocultar. Ha estado, está y estará presente en el mundo desde que el hombre es hombre y quiso "ser como Dios", pero prescindiendo, naturalmente, de Dios. Primero, comiendo del árbol prohibido; segundo, llevando su insolencia hasta querer construir una torre para llegar hasta Dios. Desde luego que no era para saludar de cerca a Dios, sino para destronarle, si posible fuera.

El hombre usó mal su inteligencia y su libertad. Y lo pagó y sigue pagando, muy caro. Y así, el pecado se convierte en una realidad lacerante y omnipresente.

Pecado es todo aquello que produce muerte, ya sea en forma violenta, como ocurre en todas las guerras, sin excepción. Pecado es también toda clase de injusticia.

El pecado llevó a Cristo, el Hijo de Dios, a la cruz cuando, asumiendo en sí el pecado de la humanidad, se entrega en rescate por todos.

El pecado está presente a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta que al final, como se expresa la 1ª Carta a los Corintios, sean vencidas "las dominaciones y potestades" (1 Cor 15, 24), y todos los poderes hostiles al reino de Dios.

Lamentablemente, la humanidad es un árbol con las raíces dañadas: por la arrogancia (Rom 1-3), concupiscencia (Rom 7). codicia (1 Tim 6,10; Col 3,5). Y un largo etcétera.

El árbol de la humanidad tiene un gusano que le roe y seca la raíz.

Cuando los marineros arrojaron al mar a Jonás, confeso y convicto de culpa, un cetáceo se lo tragó.

—"El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus noches" (Jon 2,1).

La parábola de Jonás cobra aquí una fuerza y dimensión que transciende el tiempo. Se convierte, sin saberlo, en figura de Cristo. El Evangelio de san Lucas recoge las palabras de Cristo:

—"Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación··· Ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás" (Lc 11,30 y ss).

El cetáceo ha devuelto a Jonás a la playa. Ha terminado por cumplir su misión de predicar en Nínive. Sigue convencido que hay sido una pérdida de tiempo. Se sienta a ver la destrucción de la gran ciudad. Pero Dios que es "bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso" como el mismo Jonás se lo ha dicho a Dios (Jon 4,2), al ver el comportamiento bueno que ha tenido la gente, determina no castigarlos.

Y sentado bajo aquel ricino para protegerse del sol, Jonás no contaba con aquel gusanito que, al comerse la raíz, secó el árbol.

—"Dios hizo que, al día siguiente, al rayar el alba, atacase al ricino, que se secó" (Jon 4,7).

En ese largo etcétera de las raíces dañadas de la humanidad entran también la comodidad, la indiferencia y el miedo. No son éstas virtudes para adornar a un profeta.

La comodidad significa vivir sin que nadie me moleste. La indiferencia es haber perdido sensibilidad, y por consiguiente humanidad, ante el dolor ajeno. Y el miedo significa estar estresado porque las circunstancias que nos rodean nos pueden quitar la paz y la tranquilidad personal.

La situación de Jonás, sin embargo, nos lleva a otra realidad muy positiva: la realidad del amor.

Es genial la frase de san Pablo cuando dice que "donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rom 5). Así es.

Si Jonás hubiera sido un profeta en condiciones, en primer lugar hubiera evitado el pesimismo. En segundo lugar, hubiera caído en la cuenta de que un profeta es todo lo contrario a un adivino. El adivino es un charlatán.

El profeta comienza por mirar al pasado; analizado el pasado, podrá poner los pies en el presente y prever, en consecuencia, cuál será el futuro.

El profeta, al mirar al pasado, ve, sí, en expresión de san Pablo, el “misterio de iniquidad”: el pecado introducido en el mundo. Pero ve, al mismo tiempo el “misterio de salvación” que radica en el Dios que es misericordia, y que es Amor.

Dios no es un Dios de venganza, sino de Amor. Es un Dios que ama al hombre. Y, por lo mismo, “en Cristo, dirá san Pablo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación” (2 Cor 5, 19). Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre. El puente de unión entre Dios y la humanidad. El Redentor.

Vistas las cosas desde la perspectiva del profeta Jonás, la reconciliación nunca hubiera sido posible. Quizá olvidó que el profeta no habla en nombre propio sino de Dios. Tampoco debió tener en cuenta que si Dios lo envió a Nínive era precisamente porque Dios quería la salvación de Nínive.

Los ninivitas comprendieron que Dios les ofrecía la salvación. Y optaron por Dios. La reconciliación sólo se puede llevar a cabo desde el amor que se da y que se recibe. El amor es donación y aceptación.

La aleccionadora parábola de Jonás nos lleva a calificar al profeta, más que de profeta de la desesperanza, profeta de una esperanza apócrifa. Su comportamiento, sin embargo, termina por producir el efecto contrario a su actuación.

RELATO 7º

A OCCIDENTE,
SOBRE LOS MONTES DEL CARMELO,
LA SUNAMITA

Pasaje bíblico:
2Reyes: 4,1-38

Tierra Santa es tierra de emociones. Difícil resulta sobreponerse a tantas vivencias experimentadas en cada paisaje, en cada monumento, en cada piedra, en cada rincón, en cada persona. Parece como si todo tuviera vida propia. Como si la Historia antigua se volviera presente. Un presente que interpela.

Fui repasando las fotografías, de las que había buen acopio. Me causaba admiración contemplarlas. Era como entablar un diálogo con un pasado que se me hacía presente y me lanzaba al futuro.

Por ejemplo, aquella de La Knesset o Parlamento de Israel, construido con piedra roja. O aquella de El Santuario del Libro. Parecía la tapa de una jarra. Como que nos recuerda las tinajas en que aparecieron los Rollos del Mar Muerto.

Rollos, o manuscritos, del Mar Muerto. Inmortalizados para la posteridad. Remembranza. Como volver a revivir momentos de un pasado importante... Así es, porque··· "Hubo una lucha entre los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas". Eso, al menos, transcriben los famosos textos.

Lógicamente, por Hijos de la Luz se entendía la comunidad Esenia. Los Hijos de las Tinieblas, por el contrario···, es fácil imaginarlo. Basta fijarse en el lenguaje elocuente de los símbolos, de los que la Biblia es el mejor exponente.

Puede verse que hay un vivo contraste de colores: el Santuario del Libro, blanco. Significativamente negro, el muro de la entrada. Y no queda ahí el simbolismo. Con el basalto se quería resaltar, obviamente, y resaltado quedaba, el peso tremendo que el Pueblo judío ha tenido que soportar a lo largo del tiempo. Persecuciones, destierros, injusticias···

La Historia tiene sentido cuando se hace vida. De otro modo, el recuerdo, por sí mismo, sólo sirve para guardarlo en los anaqueles del sentimentalismo.

Si hoy contemplamos con apasionado fervor esos rollos, hallados tanto en las Cuevas de Qumran, como en Massada, al igual que las cartas de Bar-Kojvá, y otros objetos, es porque aquellos hombres supieron vivir apasionadamente su presente. Hicieron historia.

Los libros son lo más próximo a la vida. ¿Hay algo más simple, maravilloso y sublime que la vida? Lo importante es la vida. Ésta se prolonga en los libros, el gran tesoro de los pueblos por ser parte de su cultura

La Historia se eterniza en el pueblo, en uno mismo, cuando por las venas tránsfugas del pensamiento y del tiempo sigue corriendo la misma savia que vitaliza, unifica y eterniza.

Así era mi interior monólogo mientras transcurrían los escasos 160 kms. que separan Jerusalén de Nazareth.

Íbamos atravesando la llanura de Esdrelón, zona fértil e importante para la agricultura. Y escenario de fuertes acontecimientos bélicos. Esta región, conocida también con el nombre de Valle de Yezrael, y que se extiende hasta Samaría, ha pasado a la historia no sólo por las guerras, sino también por otros acontecimientos. A nuestra izquierda quedaban los montes Gélboe. Y más allá, muy cerca del Pequeño Hermón, está la ciudad de Afula. Si los montes hablaran, cuántas cosas nos contarían. Pero los montes no hablaron. En cambio, la Biblia habla por ellos.

En la vertiente sur del monte está Sunem. El pueblo de la sunamita. ¿Quién no la recuerda?. Efectivamente. Era una mujer sin hijos; y aunque tenía riqueza, no era feliz. La ausencia del hijo, instintivamente añorado y deseado, la hacía infeliz.

La Biblia, en el segundo Libro de los Reyes cuenta que el encuentro con el profeta Eliseo cambió su vida. La santidad del profeta le había llamado la atención. Por eso, siempre que el hombre de Dios pasaba por el pueblo, lo invitaba a comer. Incluso preparó una habitación permanente y confortable para que cuando el profeta y su criado vinieran de camino pudieran descansar. El profeta se lo agradeció. Profeta y criado le dijeron:

—¿Qué podemos hacer por ti, mujer? ¿Quieres que hablemos al rey en tu favor?

Mujer altiva, ella no quiere favoritismos del rey. Le basta y sobra con la protección de su clan. Desea, eso sí, desde lo más profundo de su ser, un hijo. Sin él, no es feliz, ni puede serlo.

—Y su marido es viejo··· Se lo ha advertido Guejazí, el criado del profeta. No obstante, éste le ha dicho:
—"Mujer, el próximo año, por este mismo tiempo, abrazarás un hijo".
—"Hombre de Dios, no me engañes".

El hombre de Dios no la engañaba. "Concibió la mujer y dio a luz un niño, en el tiempo que le había dicho Eliseo".

Cuando el niño creció fue donde su padre que andaba con los segadores. Fue donde su padre, y para más señas, con un fuerte dolor de cabeza; tanto, que el chico murió.

¿Una insolación? ¿Un tumor? El niño, llorando, gritaba:
—"¡Mi cabeza, mi cabeza!".

El padre no debió tomar muy en serio las quejas del hijo. Mandó a un criado que lo acompañara y llevara a la casa, sin dar mayor importancia a las quejas del muchacho. La madre, en cambio, comprendió la gravedad. Se le murió entre las manos. Sintió que su corazón de madre se le partía al sentirlo muerto. Pero lejos de avisar a nadie corrió al Monte Carmelo en busca del profeta. Este mandó por delante a su criado con el bastón, símbolo de autoridad.

Pero la mujer quiere que sea el propio profeta, en persona, quien llegue a la casa. El bastón del profeta le recuerda sin duda el de Moisés. Las siete veces que, según el relato bíblico, Eliseo sopla sobre el niño, es una alusión clara al espíritu de vida que Dios insufla en las narices de Adán. En definitiva, se resalta la vida. Y la mujer quiere la vida de su hijo.

Dejé que mi mente se embebiera de los acontecimientos narrados por la Biblia. Observé los montes. Recostado al otro lado, es decir, sobre la falda norte del monte, está Naím, donde Jesús volvió a la vida a un joven, hijo de una viuda. Un poco más al este queda En—Dor, donde Saúl, disfrazado para que no lo reconocieran, fue a consultar a una pitonisa. Saúl lo sabía, lo preveía. La batalla iba a ser dura. Y tenía miedo, qué duda cabe. Estaba nervioso, quería saber el resultado. Y un día antes de la misma se fue a consultar a la pitonisa. De nada le sirvió; perdió la vida en la batalla.

Más allá, frente al que llaman Pequeño Hermón, en dirección norte, se sitúa el Tabor, el monte de la Transfiguración. Veía los taxis subir y bajar tomando las curvas con increíble pericia. Los peregrinos y turistas no tenían que aguardar mucho. Era apearse de los magníficos autobuses e ir ocupando los taxis, amplios y confortables, con choferes experimentados.

Y al occidente, los montes del Carmelo, donde aún resuena la voz recia de hombres tan importantes como los profetas Elías y Eliseo.

Cuántas páginas de historia viva estampadas contra el tiempo. Y cuántas de ellas transmitidas bajo el rico lenguaje de los símbolos.

Los símbolos, lenguaje llano que nos ayuda a llegar hasta el límite donde se encuentra el silencio sublime de la mente, que es palabra por excelencia, lenguaje de ángeles.

Los ángeles son espíritu. La Biblia está plagada de ellos. Son metáfora de Dios, y de nosotros mismos. ¿No es la mente el más sutil y afortunado espíritu que, anclado en el tiempo, lo transciende para convertirse, como los ángeles, en mensajero de sueños imposibles? Donde no hay espíritu no hay nada. Es el espíritu quien sublima la materia y la eterniza.

Atardecía y estábamos llegando a Nazareth a bordo de un confortable autobús. A la mente me vino el pensamiento de que nuestro mundo universo es un inmenso y limpio jardín con sabor a infancia, donde hay ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles; de frutos en sazón; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, el árbol mejor: el de la Libertad.

Alguien había tatuado en su corteza una sola palabra: Prohibido.
—¡Vaya por Dios!, me dije. ¡La Libertad! Pero si es el kilómetro cero para iniciar nuestra andadura de hombres. ¡La libertad!, es decir, el Camino del Bien y del Mal.

La Libertad es pasado, presente y futuro, cuyo principio o fin nunca podría abarcar. Simplemente, preferí dejar mi mente en blanco. Pero me sentí acariciado de eternidad. Y vi con claridad que la Libertad es un don constitutivo que Dios ha dado al ser humano. Sucedía esto que transcribo en la preciosa Basílica de la Anunciación. Un ángel cruzaba raudo los cielos de Nazareth.

LA COSA EMPEZÓ EN GALILEA

Pasaje bíblico:
Lucas: 1,26:

Un ángel cruzaba raudo los cielos de Nazareth, la pequeña aldea, hoy hermosa ciudad, que sería la patria chica de Jesús de Nazareth.

Recoge el evangelio de Juan que a alguien se le ocurrió decir: "¿Acaso de Nazareth puede salir algo bueno?"

Este alguien fue el apóstol Natanael, un poco socarrón él, un tanto bromista, hombre de buen humor. Aunque también hace gala del pique habitual entre las aldeas vecinas. Era natural de Caná, aldea tranquila, como Nazareth. Pero parece ser que entre las dos aldeas debía haber algún pique, cosa por lo demás natural y corriente.

Como de puntillas, para no profanar la santidad de la incipiente noche, me asomé a la cueva, en la hermosa basílica de la Anunciación. Me imaginé la evangélica escena. Una joven, María su nombre, sueña, y aunque ni se le haya pasado por la imaginación, su sueño pronto alcanzará una Transcendencia que supera toda realidad. Su virginal juventud está en sazón.

Acaba de regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. Ha depositado el cántaro en un rincón de la cueva que mantiene durante todo el año la misma temperatura ambiente. Todo huele a limpio. Sus padres se han acostado ya en una de las estancias de la amplia cueva. Ella se ha puesto a rezar —que rezar también es soñar—, muy cerca del candil que esparce su luz parpadeante con resplandor centrífugo, pero generoso.

—Hermosa cueva, —sugiere en voz baja un peregrino.
—Quien puede darse el lujo de poseer una cueva es afortunado. Evita el rigor del calor en verano y del frío en invierno. Y por supuesto, son más seguras que las casas de adobe, —contesta otro.
—Se trataba por consiguiente de una familia rica, —añade un tercero.
—Sin duda, para lo que era el medio social de Nazareth. —puntualiza un guía religioso. Tengan en cuenta que María y José pertenecían a la estirpe de David.

De pronto, cuando apenas entraba la noche, como si se hubiera anticipado el amanecer, una luz que iba creciendo en intensidad llenó toda la estancia. Cerré los ojos para no perder detalle. La escena en mi mente era diáfana. Una brisa tenue

producida de pronto, como si hubiera habido un batir de alas de ángeles, me dio en el rostro. Era tal la suavidad que embriagaba los sentidos. Me pareció oír:

—“Soy la esclava de mi Señor; que se cumpla en mí su voluntad”.

Los labios de la joven se movían delicadamente. Está rezando. Está soñando. Son los sueños de Dios.

La luz que había iluminado la estancia momentos antes comenzó a desaparecer. La brisa sutil se calmó. Todo quedó en silencio. También yo he tenido un sueño. Soñé que el arcángel Gabriel sobrevolaba Nazareth. Anunciaba:
—“¡Jaire, María!” ¡Alégrate, María!”.

En la Basílica de la Anunciación sonaba la música del ángelus. Recé en voz baja:
—“El Ángel del Señor anunció a María...”

RELATO 9º

EL DESIERTO,

O LAS TENTACIONES DE LA SOLEDAD

Pasajes bíblicos:
Mateo: capítulo 4, 1-11
Marcos: capítulo 1, 12-13
Lucas: capítulo 4, 1-13

Cuando se lee el evangelio una y otra vez, una idea queda muy clara: Cristo no vino a fundar ninguna religión sino a establecer el Reinado de Dios en el mundo. Por eso, todo lo centra en la fuerza del amor. Religión que no se centre en el amor no sirve para nada. La única gran verdad para el ser humano es el amor. Y Dios es Amor.

El mayor soñador ha sido, es, y será, Dios. Dios es la gran pasión universal. Tanto, que vive prisionero de esa misma gran pasión que Él es: el Amor.

Dios no ha creado las religiones. Dios ha creado el Hombre. Éste es el que ha creado las religiones. Y éstas no están exentas de la más variada gama de tentaciones. Quizá la tentación más fuerte es la del poder.

Todas las religiones tienen un denominador común: la búsqueda de Dios, es decir, de ese Alguien que dé sentido a todo.

En todas las religiones el hombre ha tratado de buscar a Dios. Pero, curiosamente, no lo ha encontrado. El Hombre no ha sido capaz de encontrar a Dios. Primero porque lo ha buscado fuera de sí mismo. "El hombre ha sido creado a imagen de Dios", nos dice el Génesis. En segundo lugar, lo ha buscado por conveniencia, de la que no está exenta el miedo. Miedo a lo desconocido, miedo al Más Allá, y al más acá, como son las fuerzas de la naturaleza. Miedo también al castigo.

En definitiva, todo esto ha hecho que el hombre haya tratado de tener a Dios por amigo, por aliado.

Pero en la religión cristiana ocurre al revés. No es el hombre quien busca a Dios, (no lo encontraría), sino que Dios busca al hombre. Y Dios sí que lo ha encontrado.

Dios ha encontrado al hombre desde la fuerza misma del Amor. “Dios es Amor”, dice san Juan. Ése es el motivo por el que nos ha enviado a su Hijo. Y en Cristo sí que se produce el encuentro entre el hombre y Dios. Pero la iniciativa la tiene Dios.

Cada vez que la leía, me resultaba enormemente esclarecedora la frase del evangelio: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15,16). Alguien me sugirió:

—Ese proceso de búsqueda por parte del Hombre termina convirtiéndose en religión.
—Pero ha sido Dios quien ha encontrado al hombre desde esa Pasión infinita que es el Amor. ¡El Amor! ¡Dios es Amor!

Me encontraba en el paso que por Kfar Kanna lleva a Tiberias, la hermosa ciudad a orillas del lago.

Atrás quedaban, según íbamos incursionando por los caminos de la Tierra Santa, dolorosos trozos de historia, como las derrotas de las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufrieron la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestre del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino, acabando con el reino latino de Jerusalem.

—La historia es apasionante.

Como apasionante es el momento cuando Jesús de Nazaret, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: construir una Nueva Humanidad.
—Para lo cual se prepara con un impresionante retiro de cuarenta días en el desierto.
—Fue una toma de conciencia de sí mismo. Es decir, cuál era la misión que debía llevar a cabo en este mundo.

—Su misión era la Redención.

Ningún lugar más apto que el desierto para aclarar las ideas y elevar en alto los pensamientos. Cristo lo tenía muy claro. Y muchas veces se adentraba en la soledad del desierto a orar. Sabía, sí, del lago, que tanto frecuentó. Pero conocía muy bien el desierto.

El desierto eleva la mente a Dios. Ha sido el hábitat natural de muchos profetas. Y el del Pueblo de Dios.

—En el desierto se respira misticismo y paz.

Cristo diría en lago: “Echad las redes a la derecha”. Pero las redes de buena hechura eran construidas en el desierto por los beduinos.

Lago y desierto están hermanados. La invitación “Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”, vale tanto para el lago como para el desierto. Igual que cuando dijo: “Bienaventurados los pobres…, vuestro es el reino de los cielos”. O, “venid a mí los que estáis cansados y agobiados…”. Los pobres están en todas partes.

Suele decirse que el desierto es símbolo de lo inhóspito. Lo es también de la lucha, del esfuerzo, de la necesaria soledad, de la supervivencia. Y es forja de personalidad.

El evangelio dice de Jesús que se retiró al desierto. Fue un retiro voluntario. Una toma de conciencia de su propia personalidad y de la responsabilidad que adquiría ante Dios, ante el mundo y ante sí mismo, al comenzar su vida pública, la predicación de la Buena Nueva.

Lo primero que hizo Cristo fue ponerse en actitud de oración, que es como mirar hacia dentro de sí mismo y al mismo tiempo mirar a Dios.

En el desierto fue donde Cristo sufrió las tentaciones más fuertes que el ser humano padece. Como son, por ejemplo, el orgullo, la vanidad, el ansia de poder…

En la pedagogía de la exposición catequética que los evangelistas nos hacen de las tentaciones, aparece un diálogo muy interesante entablado entre dos interlocutores: Cristo y Satanás. Está relatado por los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas.

Un relato presentado en tres partes:

1-Tentaciones de Jesús.
2-Identidad de Jesús y su función mesiánica.
3-Vencimiento de las tentaciones.

En primer lugar, el desierto es el marco ideal de la prueba a la que se somete Cristo; en él reina la soledad y el silencio.

Por otro lado, Cristo se encuentra a solas consigo mismo. Tiene por delante todo el tiempo del mundo para examinarse a sí mismo. Mil caminos posibles se le abren. En pie está su libre albedrío. Suya, y sólo suya, será la libre y personal decisión

que tome. Esa es la prueba. Ese el sentido de la tentación. Es, en definitiva, mirar a la vida que tiene por delante. Y la vida está llena de posibilidades.

—Sin olvidar que el ser humano es un misterio de grandeza sublime y de profunda miseria. Como lo expresó en Concilio Vaticano II.

Si Cristo se somete a la prueba, es evidente que lo hace por sí mismo, pero también por nosotros. Sabe perfectamente que es el modelo, que en él nos vemos reflejados.

Toda persona está sometida a este proceso de identidad personal, sea o no, seguidor de Cristo. Aunque aquí la referencia va dirigida, obviamente, sobre todo a los cristianos.

El cristiano vive constantemente en sí mismo la tensión y la dialéctica de la tentación. Tiene que moverse muchas veces en la ambigüedad, la misma que la vida le presenta. Igual que en el desierto, sus caminos están difuminados. Y es fácil perderse. En el fondo de cada uno subyace una gran dosis de ambigüedad.

Quizá sea ésta, la ambigüedad, la mayor tentación que tiene planteada el cristiano hoy en día. En parte, porque se mueve siempre en el camino de la fe. Y la fe nunca es evidente. Dios no es evidente. Las cosas más sublimes no son evidentes. El amor, por ejemplo, no es evidente. Hay que hacer un acto reflejo de fe para creer a la persona que me dice: te quiero. Simplemente, le creo, porque el amor, como Dios, como la vida, no los puedo someter a un análisis de laboratorio.

—¿Qué tentaciones tiene hoy el cristiano?, me pregunto. El cristiano y quien no lo es.

En primer lugar, el mismo desierto, que puede convertirse también en evasión de uno mismo. Esto significa que es más fácil caer en las tentaciones que luchar contra ellas.

Por eso hay que actuar como Cristo. Es decir, ir al desierto y enfrentarse con la realidad de uno mismo. Y salir triunfador.

El consumismo, es otra insidiosa tentación. Dejar que las cosas nos dominen. Ansiar el pan puede significar tener por tener. Acumular cosas, y olvidar la primacía del reino de Dios.

Satanás era insidioso y persistente. No se cansaba de poner tentaciones, una tras otra. “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes” (Mt 4,3).

Pero Cristo, a su vez, que no se queda callado contesta: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

La religión misma puede ser una tentación.

—¿La religión?

—Sí, la religión, cuando se la convierte en algo mercantil, mágico o supersticioso. O en fuente de dominio sobre los demás. Tentación del poder. O en una pretendida manipulación de Dios. "Póstrate y adórame…" le dice el diablo a Cristo.

Jesús le responde: "No tentarás al Señor tu Dios" (Mt 4,7). Es la respuesta al diablo, y al mismo tiempo una advertencia a todos nosotros.

Otra enorme tentación son los ídolos. Cuántas veces sustituimos a Dios por otras entidades, como pueden ser: la increencia, el agnosticismo, la política, y hasta la misma Biblia cuando de ella nos valemos, no para acercarnos a Dios, sino para apabullar a los demás con textos lanzados en plan incriminatorio, o exhibiendo la más sibilina vanidad e infatuación de nosotros mismos creyéndonos superiores a los demás.

Están también las tentaciones de la ciencia infatuada de sí misma, de los agoreros o falsos profetas, del hombre por el hombre, donde no hay sitio para Dios. La referencia indicativa al respecto podría ser el famoso grito: "Dios ha muerto, paso libre al superhombre" que pregonaba Zaratustra, de Federico Nietzsche.

Pero Cristo es tajante: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo drás culto" (Mt 4,10).

Cristo no sólo toma conciencia de sí mismo, sino que hace que Dios ocupe el primer plano en su vida y en la de los demás. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer las mismas religiones, Cristo presentará a Dios como el Padre; un Padre cercano y amigo, al que hay que adorar "en espíritu y verdad".

Dios no es el Dios manipulado a nuestro antojo o conveniencia, y que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. Es el Dios Padre que envía a su Hijo al mundo para salvar al mundo.

A diferencia de los ídolos, Dios no es un Dios tirano, sino el Dios de la revelación, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es el Dios de la dignidad y grandeza del hombre, que habiéndonos creado a su imagen y semejanza, quiere que no seamos esclavos de las cosas.

Las tentaciones son manifestación de las distintas y múltiples esclavitudes que nos avasallan.

Cuando Jesús concluye su toma de conciencia, tras el prolongado retiro y la experiencia de las tentaciones a las que se ve sometido, concluye: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo darás culto” (Mt 4,10).

El panorama del desierto que estamos contemplando es sobrecogedor. Por ejemplo, en cuanto a la orografía, siempre cambiante, sus colinas cretáceas, las mesetas peladas, sus barrancos, su aridez. Paisaje que al mismo tiempo, ensancha el alma.

De vez en cuando se veían tiendas de beduinos cercanas al camino. Por supuesto, no había jardines ni enfrente ni a los lados, y sí la sensación de una paz desmayada en medio de tanta aridez.

CAFARNAÚM,
CIUDAD DE PEDRO Y DE JESÚS

Pasajes bíblicos:

Mateo: 8,5ss. 11,23 **Marcos:** 1,21ss. 2,1-12; 9,33 **Lucas:** 4,31ss
Juan 2,12; 4,46ss; 6,16ss; 6,25ss; 21

Cafarnaúm, hermosa y tranquila localidad situada entre el lago de Kineret y la Vía Maris, a 2,5 km de Tabgha y a 15 km de la ciudad de Tiberías, en el margen noroeste del lago.

A Cafarnaúm se puede ir, como a cualquier parte, entre otras, o por la vía normal del turismo y peregrinaciones, o bien desde las páginas de la Biblia. Ambas son muy válidas. Yo he elegido las dos, pero en esta ocasión lo hago valiéndome del Nuevo Testamento. Es este un camino mucho más rico que el del simple turismo, o una peregrinación.

Haciendo un poco de historia, las investigaciones arqueológicas constatan que ya existía en el siglo XIII a.C.; que su mayor esplendor tuvo lugar entre los siglos V y IX a.C., y que prácticamente desapareció en el siglo IX después de Cristo, durante el reinado de los Abasidas de Bagdad.

Sin embargo, Cafarnaúm es uno de los lugares que cobran más fuerza en el Evangelio. Cristo hizo de Cafarnaúm su segunda patria, podemos decir, sobre todo cuando abandonó prácticamente Nazareth y se lanzó a proclamar la Buena Nueva.

Limoneros, aguacatales árboles de toronjas y palmeras imprimen al conjunto una belleza agradable, tranquila, familiar; lo mismo que los olivos, cereales y pequeños viñedos. También la industria de la pesca, que siempre tuvo especial importancia. Total, que entre la pesca, el trigo, el vino, el aceite, y los medianos ingresos del pequeño comercio, y aprovechando la Vía Maris, la vida resultaba apacible, dentro de un marco de sencillez.

Sencillez. La misma que el Maestro de Nazareth proclamaba y practicaba, dos mil años atrás, por estos mismos lugares, donde en varias ocasiones he tenido la

suerte de poder admirar las arqueológicas piedras. El Maestro contemplaba y se fascinaba ante la realidad cotidiana de la vida. Jugaba con los niños, ayudaba a Pedro en la tarea de la pesca con la barca; observaba la cotidiana labor de amasar el pan.

Jesús hablaba a la gente con el lenguaje campechano y noble del pueblo. Les fascinaba su cercana sencillez y cordialidad. En suma, la gente se encontraba a gusto con él, y a él le gustaba la vida bucólica del campo, las puestas de sol, tan cautivadoras por su colorido en el ancho horizonte del desierto, y el lago.

Estoy junto a la llamada "Casa de Pedro", construida a finales del período helenístico. De forma casi cuadrada, con lados de cerca de 7,50 m, comunicaba con un patio al sur y otro al norte. En el lado oriental, había un horno de tierra refractaria. Aún se conserva en buen estado el umbral a través del cual se entraba al patio norte. La casa denota una historia muy compleja. Sobre las ruinas, de piedra oscura, han levantado un hermoso templo ortodoxo.

A partir de la segunda mitad del siglo I, la Casa de Pedro comienza a distinguirse de las demás casas que han sido excavadas. De hecho, los muros fueron revocados con esmero; y el suelo cubierto con capas de yeso, hasta adaptarla como iglesia doméstica donde se reunían los judeo-cristianos de la ciudad.

Después repasar en la Biblia los diversos pasajes donde vemos a Jesús de Nazareth situado en Cafarnaúm, y al tiempo que admiro los restos de la Casa de Pedro, como la cercana sinagoga, tengo la sensación de que el Maestro de Nazareth está sigue ahí, y como si de pronto dijera:

—Oye, oye..., ven, ven acá.

Está llamando a uno de los pequeñuelos que corretean fuera de la casa. Seguramente es hijo de Pedro. Lo toma por los brazos. Después de auparlo sobre sus hombros, exclama en voz alta para que le oiga bien la gente:

—“Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”.

Los circunstantes observan y escuchan. Baja al niño, lo manda a seguir jugando con los otros niños, y continúa hablando a los adultos.

La esposa de Pedro, mientras tanto, ayuda a su madre a preparar la masa para el pan. Jesús, sacando partido de algo tan sencillo y cotidiano, dice:

—“El Reino de Dios es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo”.

Las dos mujeres se volvieron hacia Jesús, y sonrieron, poniendo cara de satisfacción. La esposa aprovecha para dirigirse a su marido:

—Simón, tendrás que moler más trigo, se me está terminando la harina, no voy a tener suficiente para mañana.

—Descuida, mujer.

Al entrar la noche, se ha hecho el silencio en la población. La gente se ha retirado a descansar. Jesús, sentado en un banco de piedra, toma la fresca a la puerta de la casa.

Todos conocen la casa y a la dueña de la misma, a la que llaman con razón "la suegra de Pedro", porque lo es. Recuerdan el día que Simón, éste era su nombre entonces, se casó con su hija y se quedó a vivir aquí. Simón era de la cercana Betsaida.

Simón va siendo más conocido ahora entre sus paisanos por Pedro. Dicen que es un apodo que se lo puso Jesús. Un apodo con el que pasará a la historia.

Las noches en estos parajes tienen el embrujo y la cadencia oriental de la Galilea. Hay un firmamento tachonado de estrellas. Jesús las contempla fijamente. Ama la belleza, y el firmamento está en todo su esplendor.

Había anunciado recientemente que él es el "Pan de Vida". No todos le entendieron. La gente, al igual que la mujer de Pedro, entiende más del pan cotidiano. Y aquí en Cafarnaúm, donde muchos viven de la pesca, entienden de peces.

Cabían, pues, todos los interrogantes. De todos modos, Jesús, en profundo recogimiento, dijo:

—"Gracias, Padre, por haber enseñado estas cosas a la gente sencilla".

La población de Cafarnaúm era heterogénea. Compuesta por judíos auténticos y por judíos convertidos a la fuerza durante el periodo de la dinastía Asmonea, también por judeo-cristianos, desde la segunda mitad del siglo I, a los que apodaron: "la secta de los nazarenos"; y también: "Minim", porque efectivamente, los judíos los consideraban sectarios, y además heréticos.

Sectarios y heréticos. Dos palabras peligrosas. A cuánta gente, por lo mismo, la Inquisición mandaría a la hoguera. Aquí eran suficientes para ir a la cruz o, en el

mejor de los casos, recibir los cuarenta azotes menos uno. Muchos no tenían claro en dónde había que adorar a Dios.

Jesús había dicho:

—"Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalem adoraréis al Padre".

Sabía que el espléndido templo de Jerusalem sería destruido, lo mismo que Juan Hircano destruyó el construido por los samaritanos en el Garizim, motivo de tanta rivalidad entre judíos y samaritanos. Pero Cristo va más lejos.

—"Llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad".

Era agradable la brisa que entraba del lago. Jesús, sentado en la piedra, seguía en actitud reflexiva. Recordaba, sí, pero sobre todo hablaba con su Padre Dios.

No era cuestión de enfrascarse en pensamientos teológicos, tentación muy humana, como yo estaba haciendo ahora, y sí de continuar viendo las ruinas.

Los turistas, en grupos organizados, hacían el recorrido, algunos sin enterarse apenas de nada, pendientes de sacar fotos, para luego, intercambiándose las cámaras, posar repetidas veces, desde distintos ángulos, posiciones y lugares. Eran recuerdos para la posteridad.

Hay una abigarrada realidad vital en toda la Tierra Santa; y hay que dejar que cada piedra, cada detalle, se adentren en lo profundo de los sentimientos. Uno de los guías alertó la curiosidad del grupo, para que se fijaran en aquel original dibujo.

—Es el arca de la Alianza, sobre ruedas.

Resultaba curioso el detalle de las ruedas. También la estrella de David aparecía repetidas veces, representada en las piedras. Estaba entrada la noche. El Rabí de Nazareth, seguía sentado en el banco de piedra a la puerta de la casa donde Pedro, a su vez, soñaba un sueño intranquilo de peces que no se dejaban atrapar por sus redes. Eran los mismos peces que un día pondrían apellido a su nombre: "El Pescador". Pedro el Pescador, de Galilea.

Los turistas bajaban del barco, se acercaban a los restaurantes y pedían "el pez de Pedro". Estaban abarrotados los restaurantes de las orillas del lago.

Pero esta visión no entraba en el sueño de Pedro esta noche. Sabía que si la pesca escaseaba se las vería mal para pagar a los trabajadores. Él era el patrón del barco. Tampoco se imaginaba que un día, en Roma, pedirían su cabeza, aunque terminaron por respetársela, cambiando la espada por la cruz invertida. Pero, por ahora, Pedro dormía. En cambio, el Rabí de Nazareth soñaba despierto, a la luz de las estrellas. Cuántas cosas pasaban, sin duda, por su mente. Desde aquel día, ¿o era también noche? que en Belén, apareció aquella estrella. Pero de esto él no tenía memoria. Era más bien su madre quien guardaba todas estas cosas en su corazón.

Una nueva Humanidad se estaba gestando. Más que sueño de estrellas, era sueño de paz para la tierra lo que el Maestro soñaba. Estuve tentado, en mi propia ensoñación, de acercarme y decirle:

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche, plena de sueños y estrellas, con el azul de tus pasos; déjame que grabe en el cielo un corazón grande, muy grande, universal; tan grande y desnudo, como el tuyo; que huela a libertad, a viento y lluvia, a madreselva, a manzana, y a tierra recién mojada.

Sentí que el Maestro me sonreía. Las suaves olas que acariciaban la orilla del lago ponían ritmo a mis sentimientos. Insistí:

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche, más acá de las estrellas, las mismas que tú has creado y llenado de luz, con los colores del alba; para que pueda bordar de esperanza la ternura de los niños, y acariciar de inocencia las entrañas de sus padres.

Toda la población de Cafarnaúm dormía. La calma era total. Los pececitos, al fondo, trazaban surcos invisibles bajo el agua, donde quedaban sembrados, en lenguaje cifrado, los signos indelebles del Amor. Me pareció ver que el Maestro alzaba una mano en gesto de bendición, como cuando bendijo los panes y los peces. También ahora seguía bendiciendo. Era un gesto adentrado en lo infinito. La suya era una bendición universal, sin final. Era, al mismo tiempo, un gesto de perdón universal. Las estrellas parpadearon su luz. El cielo era un pedregal de estrellas a borbotón, un manantial reverberante e incesante de luz. Pero más que luz, había Amor. Una fantástica noche estival. El cielo y la tierra estaban de fiesta. En cada estrella asomada en lo alto del firmamento yo veía una sonrisa conjuntada para hacer, si posible fuera, más cósmica aún la fiesta universal de una paz en plenitud.

Como el Maestro seguía sonriéndome, me atreví a insistir:

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche con los celajes que guardan la sonrisa de la luna y el latir de los luceros. Que quiero sembrar de claridades el corazón de los hombres, de las mujeres, de los niños; también de los jóvenes y ancianos.

El Maestro me dijo:

—¿Y qué color le pondrás?

Le respondí:

—Le pondré el color de la vida. También pintaré la esperanza. Le pondré el mismo color que a la vida. Y la colgaré de las estrellas, y de los árboles··· Así, todos podrán verla.

El Maestro me acarició la frente. No dijo nada. Volvió a sonreírme. Luego, desapareció. Grité.

—¡Maestro···! ¡Maestro···!

El Maestro había desaparecido. Debía estar cerca el amanecer, pues había relente. Tuve una cierta sensación de tristeza. Tampoco había estrellas en el firmamento. Y las riberas del lago carecían de árboles. Era como si de pronto el desierto se hubiera puesto en pie sobre un veloz corcel y comenzara a galopar.

Me acerqué al lago. Sentí miedo. Junto a mí no había nadie. Había amanecido y mis ojos se llenaban de luz. Con todo el fervor de que fui capaz, hice una oración que podía servirme como oración de la mañana:

—¡Mi Dios! Déjame envolverme en la desnuda inmaterialidad de tu regazo, como si fuera un niño; que quiero volver a ser el niño recién amanecido en tus brazos de Padre, el niño que debe pastorear de inocencia el rastrojo de estrellas de tu firmamento infinito, donde pacen la Osa Mayor y la Osa Menor, al abrigo del silencio de los siglos. “Los cielos y el firmamento pregonan la gloria de Dios”. ¡Tu gloria, mi Dios! Amén.

En la casa de Pedro parpadeaba la luz de un candil. Era el primero de la aldea en levantarse para ir a la tarea diaria de la pesca. Y yo estaba, curiosamente, muy cerca de él, y muy lejos al mismo tiempo. Me miré de arriba a abajo. Y me vi como el niño que ya no era. Los años habían pasado con excesiva velocidad. Que otras ocupaciones, preocupaciones y preguntas afloraban a mi mente.

La luz había convertido en un espejo la superficie del lago. Emblemático lago de Kineret. Sobre la ondulación del agua, una barca se bamboleaba, mientras un pescador subía a bordo las redes. Había más hombres. Todos arrimaban el hombro al trabajo. Gráciles gaviotas revoloteaban sobre la frágil embarcación. Pensé: A buen seguro que es Pedro, "El Pescador".

Fijé mi vista en el hombre de la barca. Él y sus compañeros ya remaban mar adentro. Los peces trazaban surcos luminosos en la irisación del agua. Grité:

—¡El pez de Pedro!

Los turistas más cercanos, rieron. Me di cuenta que había exteriorizado sin querer mis sentimientos. Tan ensimismado estaba. No obstante, sentí el corazón henchido de paz; tuve la sensación de haber intentado pintar en el lienzo de la noche un mundo de paz.

Yo seguí a lo mío. Abrí de nuevo la Biblia. La gente estaba preguntando al Cristo:

—"Señor, ¿cuándo has venido?".

Caminando sobre el agua, podía haber dicho. Pero en la respuesta, las palabras del Señor sonaron a reproche:

—"Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura hasta la vida eterna".

No debió gustarles la respuesta. Buscaron pleito. Jesús les decía que tenían que hacer las obras de Dios.

—"¿Y qué signo haces tú para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto…".

Pero las palabras persuasivas de Jesús pronto los tranquilizó. Les dijo: "Yo soy el Pan de vida". Y ellos: "Señor, danos siempre de este pan".

Posiblemente, y sin duda, no llegaron a entender el alcance de sus propias palabras "danos siempre de este pan", porque este pan iba a ser el Pan, con mayúsculas, vivificador y universal de la Eucaristía.

Al parecer, también habían olvidado que cuando en su propio pueblo de Cafarnaúm Jesús curó al paralítico que descolgaron por el techo, como había curado al hijo de oficial romano, y muchos otros, antes de curarle el cuerpo le había curado el alma: “Tus pecados quedan perdonados”.

“Tus pecados quedan perdonados”. Sentí un remanso infinito de paz. El día era espléndido en Cafarnaúm.

RELATO 11º

PEDRO,
EL PESCADOR DE GALILEA

Pasajes bíblicos:

Mateo: 10,2; 14,29; 16,18 **Marcos:** 3,13 **Lucas**: 5,4 **Juan:** 6,16ss; 21

Está amaneciendo en Cafarnaúm. El lago brilla en la quietud del agua que se mece suavemente, cuando los primeros rayos del sol comienzan a resbalar sobre la superficie. Las gaviotas toman impulso para sus vuelos recortados y reiterados, en ronda vigilante, escoltando las barcas. El paisaje va surgiendo en las riberas, tras la playa, escasa de arena. Más allá, al fondo, el desierto asoma su soledad de siglos en la quietud estival de la Galilea. Una vez más, el lago Kinneret, o Genesaret, por su nombre más conocido, luce en todo su esplendor. Sentado en la orilla, el Apóstol Pedro lo contempla ensimismado. Alguien se acerca.

—Boker tov, Pedro. Buenos días, amigo.
—Hola, buenos días.
—Hermoso día, ¿eh?
—Ya lo creo.

Tiberíades, nombre por el que también se conoce este hermoso lago. es ensoñación. Rica soledad poblada de vida, podríamos decir. Encuentro, remanso, y paz para el alma. Porque hay una conjunción carismática de todos estos componentes que podríamos resumir como presencia. Una soledad que es vida. Hay, sobre todo, paz en todo el entorno del lago, donde las barcas de los pescadores siguen meciéndose al ritmo del agua y de los peces.

—Pedro, este lago tiene embrujo, tiene encanto, ¿no te parece? Es el marco ideal para un idilio de estrellas en flor asomadas cada noche desde lo alto del firmamento.

—Muy poético y cierto tu comentario. Aunque conviene no hay que olvidar que el embrujo puede también crear zozobra y miedo.

Una barca de pescadores se balancea lago adentro. Creo que es la de Simón, al que el Maestro le ha puesto el apodo de “Piedra”, o sea, Pedro.

De estar más cerca, me hubiera gustado preguntarle y decirle:

—¿Pedro, te acuerdas aquella noche? Sí, aquella noche cuando no pescaste nada.

—Así fue. Estuvimos remando al compás de la noche y del sueño. Pero la pesca fue nula. Había que ganarse el pan de cada día. No quedaba más remedio que trabajar, hacer horas extras.

Los remos trazaban surcos sobre el barbecho del agua. Iban de un lado para otro. Pero los peces no caían en la red. Y mientras Pedro remaba, en la orilla, por la playa, andaba el Maestro. Parecía sumido en reflexión, oración y silencio. Toda su Persona era expresión conjuntada de paz, de perdón, de Amor.

—¿Díme, Pedro, en qué estaría pensando el Rabí de Nazareth mientras tú remabas infructuosamente?
—A buen seguro que más que pensar, soñaba. El Maestro fue siempre un soñador. Te lo digo yo. Soñaba con un cielo nuevo y una tierra nueva; para lo cual, exigía, vaya que si exigía, una actitud personal, un cambio de vida. La conversión, en definitiva; la que lleva al amor.

Hemos permanecido en silencio. Yo he pensado en mi indigencia de hombre. Me imagino a cada persona que se acercaba al Maestro. Todos lo hacían a impulsos de una esperanza.
—La esperanza entra en los parámetros del sueño. Unos sueñan con su curación; otros, sueñan con llenar el vacío de su alma. Esto le sucedió a María Magdalena. Y a mí.

Las palabras del apóstol Pedro me tranquilizan. Distraídamente, casi por pasatiempo, observo a las gaviotas. Revolotean sin cesar en torno a las barcas de los pescadores. Buscan los pescados arrojados por los pescadores desde las barcas. Le digo a Pedro.

—Pedro, seguías sin decidirte, si terminar la faena y arribar a la playa, o quedarte en medio del lago.
—La barca estaba vacía. Y mi alma atribulada. Merodeaban los miedos y los fantasmas.

Sus miedos y sus fantasmas no difieren mucho de los míos.

—¿Has tenido miedo alguna vez, Pedro?

—Muchas. Los mortales estamos llenos de miedos y fantasmas en la cabeza.

Sobre la evocadora metáfora del lago, veo la silueta del Maestro, acercándose aquella noche, poco a poco, a la barca. En el corazón de Pedro también era noche cerrada. Estaban altas las estrellas y profundo el lago, donde hunden su raíz los miedos ancestrales de la humanidad.

—Tu barca, Pedro, es una barca universal.
—Sí. Es, como sabes, el símbolo de la Iglesia.
—Y tú, pescador del lago de Galilea, su timonel.
—No. Quien de veras guía la barca es Él.

Las pequeñas olas que rizan el agua, parece como si fueran repitiendo la frase: —Quien de veras guía la barca es Él.

Todos navegamos en la misma barca sobre el mar embravecido de la vida. En esta reflexión andaba, y tan identificado me sentía con Pedro que, de pronto, es como si hubiera visto al Maestro acercarse a la barca en medio del rigor de la noche. Como un fantasma. Y a Pedro temblar. Le he gritado:

—¡Pedro, no tengas miedo!

Es en realidad la manera más honrada que he encontrado de denunciar y gritar mis propios miedos. Gritar es una forma de evidenciar el miedo y darse valor.

—¡Pedro, por más que te pareciera, aquella noche no había fantasmas!

El sol riela sobre el agua. El lago es un espejo. Hace calor. Miedos, fantasmas, noche y día, agua y sol, lago y desierto, se entrecruzan en el puzzle de la vida. Por encima de todo queda siempre la realidad.

—Y la realidad está entreverada de esperanza y de ilusión. No hay que inventar ilusiones, basta llenarse de claridades.

Las barcas han regresado a tierra. Todo está en calma. Acompañados por el acompasado golpeteo de las pequeñas olas sobre las barcas, los pescadores se van acercando a la orilla. Noto como si el apóstol Pedro me dijera:

—¡Abre bien los ojos, y descubre tus fantasmas, que son el miedo, el cansancio, la rutina, la duda, la soledad...! Estos abundan si el Maestro no está. Pero con Él, todo se vuelve claridad. Los fantasmas huyen de la luz.

Cierro los ojos. El Maestro sigue caminando sobre el agua. Va derecho a la barca de Pedro. Éste, al ver al Maestro caminar sobre el agua, estremecido por la sorpresa, y por el miedo agazapado en su ser, pega un grito. Es como un estampido que saltando los mojones del tiempo atravesara la eternidad. Es el grito mancomunado de todos los miedos del mundo. El Maestro le dice:

—¡Pedro, no tengas miedo, soy yo!

Pedro titubea:

—Pues si eres tú, haz que también yo pueda caminar sobre el agua.

—¡Quién te lo impide! ¡Lánzate al agua!

Suena a reproche la voz del Maestro. No obstante, Pedro se ha lanzado al agua.

—Díme, Pedro. ¿Fue la inconsciencia lo que hizo que te lanzaras al agua?

—La inconciencia y el miedo. Ambas cosas.

Y Pedro comenzó a caminar sobre el agua, sorprendiéndose a sí mismo. Era una sensación de ingravidez, de paz. Pero pronto comenzó a sentir el cosquilleo de los peces jugueteando con las plantas desnudas de sus pies. Los mismos que habían evitado ser atrapados en las redes jugaban ahora, zalameros, con sus pies. Y se acordó, de pronto, que el fondo del lago estaba hondo. Y, una vez más, el miedo, que no había dejado de taladrar el endeble tabique de su conciencia, afloró en él con toda su fuerza. Volvió a gritar. Pero ahora con humildad y confianza.

—¡Señor, que me ahogo, sálvame!

Y el que sería "Pescador de hombres" subió a la barca, ayudado por el mismo que un día le dirá:

— "Tú eres Piedra, y sobre esta Piedra construiré mi Iglesia".

Por fin, desde su indigencia manifiesta, iba a estar listo para la tarea que se le encomendaba.

—Pedro, ¡qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

El Maestro sabe muy bien lo que nos hace falta. Al dejar al descubierto nuestras carencias, nos invita, del modo más sincero y leal, a su amistad.

Efectivamente, la voz del Maestro le increpaba y echaba en cara su incredulidad, sus balbucientes y sus guturales gritos. También sus miedos de hombre; pero al mismo tiempo le animaba a seguir remando en la barca.

—Pedro, la barca es frágil.

—Porque es la barca donde se zarandean nuestras dudas. Es la barca donde a veces, dormida nuestra fe, soñamos fantasmas.

¡Cuando el Maestro no está! Pero el Maestro siempre está. Su voz resonaba entonces, y resuena hoy, sobre el agua mansa del lago que las pequeñas olas hacen saltar como un eco amigo que se adentra en el tiempo y en el espacio. Hoy sigue diciéndonos: —¡No tengáis miedo, soy Yo!

Ha transcurrido el día. Vuelve a caer la noche sobre el bello y evocador lago de Kinneret. Ha callado el día su luz estival. Lucen las estrellas.

Sobre el silencio se ha encasquillado mi palabra de hombre. La misma mano amiga que ha subido a Pedro a la barca marca ahora el rumbo a seguir.
—¡Pedro, rema mar adentro! ¡Sin miedo, que no hay ya fantasmas!

Pedro y yo seguimos sentados sobre la arena. Sobre Tabga, ha caído también la noche. Pero los pescadores no duermen. Pedro, en compañía de otros discípulos, volverá a lanzar la red, que luego estará copiosa de peces.

—¡Echad la red a la derecha!

Veo a Pedro tranquilo, animado, y hasta bromista. Habla y gesticula a la vez. Debe estar contando, al viejo estilo de los marineros, aventuras de mares lejanos, profundos y tenebrosos, imaginados, seguramente nunca vistos, pero que un día cercano tendrá que navegar.

—Los conté bien. Fueron ciento cincuenta y tres peces grandes.

Pedro disfruta contándolo. Tabga es un remanso de paz, un delicioso jardín. Siete fuentes, siete, como siete sacramentos, tiene Tabga, donde el agua corre abundante, y donde el ambiente produce la sensación de haberse detenido el tiempo. Son fuentes que brotan generosas y abundantes.

—Entiendo, Pedro, con qué razón el Maestro venía por aquí con tanta frecuencia.
—Le gustaba también jugar aquí con los niños. Mis hijos estaban locos de alegría con él.
En el ambiente flota aún una de sus proverbiales sentencias: “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”.

—Era un lugar éste, ciertamente, muy querido para el Maestro. Aquí narró sus mejores parábolas. Aquí pasó muchas noches en oración. Aquí nos eligió a sus apóstoles.

Tabga, en definitiva, es un lugar para la ensoñación. Y para la oración, al estilo del Maestro.

Pedro se ha sumergido, de pronto, en una especie de arrobamiento. Recordaba, sin duda, el momento en que el Maestro le dijo:

—Serás pescador de hombres.

Me encargo de volverlo a la realidad:

—Siete fuentes. Yo sólo veo seis.
—Siete. Las fuentes servían también para regar los cultivos de la llanura de Ginnosar.

Saltando en el tiempo, he recordado a Egeria, la que sería ilustre peregrina del siglo IV. Ella habla de la abundante hierba de este lugar. Y de las siete fuentes que regaban la llanura de Ginnosar. También me he remitido a Flavio Josefo.

—Tabga significa Mesa.
—Claro, la Mesa del Señor, confirma Pedro. Aquí se nos hizo encontradizo Jesús a sus discípulos después de la resurrección. Aquí nos dijo:
—"Muchachos, ¿tenéis pescado? Hale, pues daos prisa, vamos a almorzar".

Este estratégico lugar para la predicación de Jesús, no lo fue menos para saciar el hambre del pueblo, ni para proclamar las Bienaventuranzas. Desde aquí también era conducida y distribuida el agua por los canales. La torre de Hammam Ayyub corresponde a una de las construcciones hidráulicas que han servido para el riego de los campos, y también para mover molinos.

Nada más pasar el Wadi Jamus, está la moderna iglesia de la multiplicación de los panes. Bella iglesia. Moderna, aunque la investigación arqueológica indica que hubo algunas más, ya desaparecidas.

La invasión persa del año 614 hará desaparecer el periodo bizantino; a lo que hay que añadir la ocupación árabe hacia el año 638. Aunque todo indica que en el siglo noveno se asentó aquí un grupo de monjes.

Está el monasterio, conocido por Heptapegón. Fue el lugar donde se realizó la multiplicación de los panes y los peces. Pero mi pensamiento se vuelve nuevamente al lago y a la noche en que Pedro fue zarandeado por el miedo. Noche en la que tuvo que sacudir sus fantasmas, y comprendió que la barca necesita un timonel, más fuerte que él.

—¡El Maestro!

Desde mi propia ensoñación, me encuentro a gusto junto al apóstol Pedro.

—Pedro, tuviste la suficiente humildad como para pedir ayuda al Maestro la noche de tu miedo y tu zozobra.
—Te diré que me sentía seguro a su lado. Acompañaba siempre que podía, al Maestro. Y fui testigo, entre otros, del milagro más solidario: la multiplicación de los panes. Aunque ese milagro no fue obra solamente del Maestro.
—Explícate.
—Recuerda que el muchacho aquel que presentó los cinco panes fue capaz de desprenderse de lo poco que tenía, en bien de los demás; y ponerlo al servicio de la comunidad. Fue un gesto muy solidario. En el fondo, eso buscaba el Maestro: la solidaridad de la gente. Porque has de saber que Cristo era un taumaturgo, no un milagrero. Es decir, no montaba numeritos de feria para la galería. Quería un corazón de carne para poder "adorar a Dios en espíritu y verdad".

Comprendo lo que Pedro insinúa. Los milagros los deja para nosotros. Nosotros estamos obligados, no él, a cambiar el mundo. Por eso nos ha puesto en la pista: —"Amaos unos a otros, como yo os he amado". Cristo se había limitado a ser el Maestro, nunca mejor dicho; por consiguiente, lo que hizo fue señalar las pistas que llevaban a la meta. Si hoy tuviéramos un mínimo al menos de solidaridad, el mundo sería distinto a como es. Habría menos desigualdades. Habría más humanismo.

—Se acabaría el hambre de la humanidad en menos que canta un gallo.

Es la voz universal de mi conciencia, la mía y la de los demás, que no me deja ni de día ni de noche: —"Dadles vosotros de comer".

Tabga, la Mesa del Señor. Según se entra a la plaza, hay un baptisterio monolítico con piscina bautismal cruciforme y escalones de bajada. Pertenece al siglo V. La iglesia, de bonita construcción moderna, tiene tres naves con transepto, y ábside en la nave central. Pedro me sugiere:
—No te olvides de los mosaicos del pavimento. Reproducen la flora y fauna del Valle del Nilo.
—Mira, una flor de loto.
—Y esa torre, ¿la ves?, alusión directa a las torres del agua de Tabga.

Me he acercado reverentemente a besar la roca de debajo del altar, sobre la cual, según la tradición, Jesús realizó el milagro. El canastillo de panes y peces en el pequeño mosaico del presbiterio delante del altar es la escueta y evocadora síntesis de que ayer, como hoy, sigue habiendo gente necesitada del pan y de los peces. Gente necesitada de más solidaridad.

RELATO 12º

LADERA ABAJO
DE LAS BIENAVENTURANZAS

Pasaje bíblico: **Mateo:** 5 **Lucas:** 6,20ss

El Maestro iba desgranando una a una las Bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres en el espíritu··· Bienaventurados los que lloran···. Bienaventurados···" Y así, hasta ocho. Para terminar diciendo: "Bienaventurados vosotros··· Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos".

Cerré el sagrado Libro. Me imaginé ser un oyente más, en medio de aquella multitud ingente que escuchaba con verdadera devoción al Maestro Jesús de Nazareth, sentada en el suelo de aquella ladera, para siempre inmortalizada, llamada de las Bienaventuranzas, junto al mítico Lago de Genesareth.

Yo sabía que el hombre, por naturaleza, es un peregrino. Siempre lo ha sido. Un peregrino de sí mismo que necesita encontrarse consigo mismo. Y con Dios.

El misterio envuelve al hombre. También la curiosidad. Por eso, desde la cuna misma de la humanidad, el hombre ha viajado, incansable, sobre la faz de la tierra. Ha buscado lugares míticos, a los que ha dado un sentido religioso, transcendente. Aunque las motivaciones de cada quién hayan sido muy diversas a la hora de tratar de sintonizar con la Divinidad. La Tierra Santa es uno de esos lugares de peregrinación por excelencia.

¿No era yo también un peregrino, un buscador···? Sin duda. Sentí como si la brisa que subía del lago me dijera:

—La Tierra Santa es un poco la tierra de todos.

Ciertamente. La Tierra de todos. Es la Tierra de Abraham, de Isaac y de Jacob. Peregrinos todos ellos. La Tierra donde nació y vivió Cristo. La tierra, en definitiva, de los Nómadas de todos los tiempos. Sí, la Tierra de todos.

Peregrino a perpetuidad, buscador de las raíces más hondas del ser humano, el hombre parte de esta simple y escueta verdad que el salmo 50 señala con dramático realismo: —"Pecador me concibió mi madre".

El sagrado Libro interpelaba mi conciencia: soy un pecador, me dije. Necesitado de reconciliación, de perdón, de paz.

Por eso mismo, sin duda, cada página de la Biblia me impactaba poderosa y gratificantemente al mismo tiempo. Entendí enseguida el porqué: es el Libro donde Dios se nos muestra con todo su amor. La Biblia atrae, envuelve, interpela, atrapa.

Luego de estar meditando un rato, abrí los ojos. Mi mente se fue, de momento, lejos de la ladera de las Bienaventuranzas. Unos peregrinan, me dije, a las más altas montañas del Tibet. Otros a la Piedra Negra de la Meca. Muchos peregrinan a Tierra Santa, de la cual, como dice la Biblia, "mana leche y miel".

Recordé a Egeria, la famosa peregrina española, que también eligió la Tierra Santa. Ella nos recuerda que, saliendo hacia Cafarnaúm desde el lugar de la multiplicación de los panes, en un pequeño promontorio encima de la carretera existen las ruinas de una iglesia, de una sola nave con ábside. La pequeña sacristía está totalmente excavada en la roca. Y aquí hay una cueva, "subiendo la cual, prosigue, pronunció el Señor las Bienaventuranzas".

Quizá ella también estuvo sentada en el mismo lugar que yo ahora. A continuación subí los dos kilómetros que separan un lugar de otro, a una altura de unos 200 metros sobre el lago. Efectivamente, allí está emplazada la iglesia octogonal, que recuerda las ocho Bienaventuranzas, extraño número sin duda, rematada con una cúpula, y rodeada por una galería con arcos, obra de Barluzzi. Los peregrinos entraban y salían en respetuoso silencio.

¿O fue aquí donde Jesús predicó el famoso Sermón? El Evangelio lo llama el Sermón del Monte. Lo de Monte, no es en razón de la altura, sino en contraposición al lago. La vista sigue siendo encantadora. Aquí había otro signo patente del peregrinar hacia dentro.

Ladera abajo, sentí descender, como la lava del Etna en Sicilia, una a una, las inmortales sentencias de Cristo: —¡Bienaventurados los pobres...! Igual que la lava del volcán, lo arrasa todo, lo quema todo, las Bienaventuranzas también queman. Van en dirección directa a la conciencia.

—Bienaventurados, los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia. ¡Bienaventurados los limpios de corazón…!

En distintos lugares del jardín, acomodadas para este fin, hay distintas mesas que sirven de altar. Grupos de peregrinos celebraban la eucaristía con sus respectivos sacerdotes. Como si fuera un nuevo Pentecostés, había gentes y razas de todas partes. Me arrimé a una de estas mesas, cerré los ojos. Las palmeras se cimbreaban suavemente al ritmo de la agradable brisa. Al ver tanta gente, quise saber:

—Hombres y mujeres de las calles del diario vivir, ¿quiénes sois?

Y una voz en mi interior musitaba suavemente:

—¡Un Cristo!

—¿Un Cristo?

—Un Cristo, sí. La vida está llena de cristos anónimos seguidores del verdadero Cristo. Todos ellos configuran la imagen del Cristo verdadero y universal. Con ellos te encuentras a diario. Pasan desapercibidos. Tienen rostro de varón, o de mujer. Los hay que son niños; otros, jóvenes; otros adultos, o ancianos.

El Hombre es un cristo, aunque a veces haya que decir que la Humanidad está hecha un cristo. La prueba estaba a la vista. Israelíes y palestinos seguían desatando el terror en las calles. Calles que, quieran o no, tienen que compartir. La Humanidad está hecha un cristo. ¡Qué gran verdad! Donde no es la guerra, es el sida, o el hambre. Una humanidad enferma.

Traté de indagar al Hombre universal que puebla la faz de la tierra. La pregunta era para mí, pero valía para los demás.

—Dime, por favor; dime, hombre, ¿quién eres?

Mi conciencia estaba activa. Las Bienaventuranzas que el Divino Maestro proclamaba me habían impactado.

—Me habían dicho que somos habitantes de este extraño mundo. Tan extraño, ¡ay, madre!, que lo llaman de los civilizados. ¡Qué ironía!

Repasando el sagrado Libro, sabía que el hombre tiene siglos de existencia sobre la tierra, pero qué lejos se encuentra todavía de Dios. Pero de inmediato, la Biblia me daba otra respuesta.

—Por eso Dios determinó acercarse al hombre. ¡Se hizo Hombre! ¡Y acampó entre nosotros!

Y acampó entre nosotros··· ¡Qué bien lo ha expresado el apóstol Juan en el prólogo de su Evangelio! ¡Qué gran Verdad! Ahí estaba la respuesta. Se hizo Hombre para que el hombre pudiera llegar hasta Dios. Es la Hora de Dios. ¡Y la hora del hombre! El hombre es un ser para la eternidad, pero la eternidad es predominio de Dios.

Sonaban bien en mis oídos estas palabras. Serenaban también mi conciencia. Noté mi voz quebrada y débil por la emoción. El hombre había contemplado las lunas nuevas y las lunas llenas, todas, acampado por siglos al relente abismal de las estrellas. Pero no había encontrado a Dios. Es Dios quien ha encontrado al hombre. Con razón podía gritar el Divino Maestro, ladera abajo del llamado Monte de las Bienaventuranzas: ¡Bienaventurados···!

Desde cada altar donde se estaba celebrando la Eucaristía, tenían pleno sentido las palabras pronunciadas desde distintos idiomas al recitar el Padrenuestro: —Perdona nuestras ofensas, porque también nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido.

Sonaban a un cambio comprometido y personal de vida, a arrepentimiento sincero, a una nueva primavera de la vida, a un retorno necesario al Corazón amoroso de quien siendo Dios no había tenido empacho en hacerse Hombre.

El jardín donde está la iglesia de las Bienaventuranzas había ahora menos aflorar de peregrinos. Desde el olivar y al fondo, asomaba un trozo del lago. Yo no tenía prisa. Quise seguir con mi reflexión. Cerré los ojos para ver con más claridad por dentro. Nuevamente afloró a mi mente la frase del salmo:

—"Pecador me concibió mi madre".

La tarde caía rápidamente. Los luceros comenzaban a aparecer en el cielo. En muchos hogares estaría brotando, desde el rescoldo de amor que aún quedaba, un nuevo fuego de fe y de esperanza tras escuchar a Jesús de Nazareth proclamar las Bienaventuranzas.

—"Bienaventurados los que trabajan por la paz".

Me levanté de la piedra donde, además de reposar y reflexionar, las Bienaventuranzas del Maestro Divino tenían la fuerza subyugadora de un programa nuevo para intentar lograr la más radiante fraternidad.

El jardín de las Bienaventuranzas, copioso de olivos, comenzaba a refulgir con los colores radiales del agua que subían desde el Lago.

DE SÉFORIS AL LAGO DEL ARPA, REMANSO DE PAZ

Pasaje bíblico:
Juan: 21,6
Ver: Josefo: *Guerra* III.2.4.
Ver: Las Cruzadas (hay abundante literatura)

Incursionando los senderos bíblicos nos acercamos a Séforis. Es sabido que Séforis había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. El mismo Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, cuando era gobernador de Siria.

También Herodes Antipas honró a Séforis, convirtiéndola en capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia. Hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. De hecho, hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

Posiblemente fue aquí donde nació Ana, la madre de la Virgen María. De hecho, las ruinas que estaba yo fotografiando pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor.

Cerré los ojos, como queriendo arrebatar las imágenes al tiempo y acrecentar el reportaje gráfico cuando el ejército de los Cruzados salió de allí en ayuda de la ciudad de Tiberias, a orillas del lago, sitiada por Saladino.

Séforis quedó desierta. Una gran nube de polvo quedaba flotando a media altura sobre la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesaret.

El ejército de los Cruzados estaba ya muy lejos y se perdía en el horizonte. También Séforis iba desapareciendo, según nos íbamos alejando de ella. De nada sirvió que Zahir el—Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer, prácticamente.

Saladino esperaba a los Cruzados en Tiberias. La distancia de los aproximados treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía ahora en distancia de

siglos en la Historia. En el presente, un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada. Pero la Historia continuaba. Alguien gritó:

—¡Hay fuego en los Cuernos de Hittín! El aviso pronto terminó en tragedia.
—¡Los Cruzados han sido sitiados!, y ¡Se abrasan bajo sus armaduras…!

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los Cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

En la película rebobinada de la Historia era el infortunado año de 1187: Supuso el fin del reino Latino de Oriente.

Ajenos, o no, a la historia, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas sobre los restos de lo que fue la iglesia de los Cruzados, de Séforis.

Llegando a las inmediaciones del lago nos detuvimos a pocos kilómetros del cruce Golani, donde la carretera va bordeando la ladera sur del lago. Justamente en los Cuernos de Hittín.

Convenía recordar aquel 4 de julio de 1187. Fue allí donde las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufrieron la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestre del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino. Aquí acabó el reino latino de Jerusalén. Aquí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después…

Para qué seguir. En el almanaque cristiano era un 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en hermoso caballo alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

Nosotros continuamos el camino. Queríamos llegar al lago. Nos detuvimos en Caná, de Galilea. La misma que ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino.

Es fácil imaginarlo. Estaba la fiesta en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Luego de varios días de

celebración acostumbrada, casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana.

Vino nuevo, milagrosamente añejado por Cristo. Se convertía a partir de ahora en signo de fiesta, de alegría y de amor nupcial.

Entramos en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renovaban jubilosos sus compromisos matrimoniales.

Al salir, la gente se apresuraba a visitar las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje, sin faltar, por supuesto, alguna botella del vino memorial del milagro de Jesús.

La panorámica que se ofrecía a la vista era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago.

Fue en él donde Jesús de Nazaret, el mayor de todos los soñadores, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad. La paz que el bíblico lago transmite es única.

Con razón se le conoce también como el lago Kinneret. Es música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentes.

Nunca, un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor. Ni nunca, un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesareth, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla, donde hoy visitamos la ciudad de Tiberias, a buen seguro que Jesús paseó muchas veces. Pero en aquel entonces Tiberias aún no se había construido.

Sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, descansan las barcas. Sobre las suaves olas, hay embrujo de atardecer y de peces. A lo lejos, acercándose, me imaginé la silueta de un hombre bueno. Decía:

—“Echad las redes a la derecha”.

Y también:

—“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Desde la habitación del hotel, la vista del lago es sensacional. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar.

Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio, simplemente, enamora.

En ella encontraron refugio los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano. En ella se compiló la Mishná, y se completó el Talmud. En ella fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben—Zakai, y muchísimos otros.

Palacios, teatros, templos, las fuentes termales..., el esplendor en suma, hacen de esta ciudad lugar de belleza sin par. Por algo será que Tiberias es la ciudad santa del judaísmo.

Ha entrado la noche. Los barcos surcan el lago, repletos de gente, entre algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los más jóvenes. Los pececitos aprovechan la noche para trazar nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del lago, que tiene forma de arpa. Lago Kinneret.

RELATO 14º

POZO DE LA SAMARITANA, DONDE TODOS VAN POR AGUA

Pasaje bíblico:

Juan: 4

Cuando la gente tiene sed busca agua. En las estribaciones del desierto, a las afueras del pueblo, junto al olivar, allí está el pozo a donde la gente acudía en busca del agua. Lo llaman el Pozo de Jacob. Tiempo, desierto, historia, y gente. Sobre todo historia. Mucha historia guarda este pozo. También la gente que a él acude. Otros, prefieren llamarlo el Pozo de la Samaritana.

La samaritana. Ella en concreto. Mujer, sueños, idilios, y sed, se entrecruzan en este pozo. Fue Jesús, sin embargo, quien lo inmortalizó.

Rodeado de olivos, este pozo es, en definitiva, el pozo de todos los encuentros que convergen, por fin, en la fe. Basta leer el Evangelio de Juan. Maravilloso capítulo cuatro que no me cansaré de leer una y otra vez.

Como un sediento más, como un caminante de tantos, como un curioso sediento, y en definitiva, necesitado del agua de la Vida, también yo me he acercado hoy a este pozo.

De Jacob, de la Samaritana, de Jesús…, es igual; llámenlo como quieran, que no es cuestión de nombres, sino de realidades. Más que su nombre, me interesa el Pozo en sí. Porque es éste un Pozo lleno de Luz, donde el agua no es el agua de nuestras diarias penurias, sino donde agua y sed son, por igual, metáfora alzada en el tiempo. Indicador de resequedad, de desierto. Y flecha que apunta directa al corazón. Lugar de encuentro. Por eso acudió a él la Samaritana. Y Jesús. Y yo y tú, y tantos y tantos otros.

Airosa caminaba la Samaritana por el olivar, milagro arrancado al desierto, en busca del pozo, en busca del agua, con su cantarillo en jarras, canción primaveral en sus labios. La veo venir.

Cansado caminaba Jesús, cubiertos su ropa y sus pies del polvo inclemente del camino. Atrás ha quedado lo más duro del desierto; comienzan a aparecer los olivos de Sicar. Sin embargo, no se dirige al pueblo. Viene acompañado de los doce apóstoles. Ellos sí, ellos se dirigen al pueblo; es cerca del mediodía, hay que buscar comida. Jesús in embargo se ha detenido junto al pozo. Veo que se sienta en el brocal. Hace calor.

Llega la samaritana. Nadie mejor que el evangelista Juan para inmortalizar la escena. Tengo la impresión de que Jesús está musitando una oración, seguramente un salmo de bendición y alabanza al Padre.

El encuentro se produce. Hombre y mujer frente a frente. Agua y sed une a los dos. No quiero perderme la escena. Por eso, desde la diáfana página del evangelio, transcendiendo el tiempo, yo también me acerco sigilosamente al pozo. En actitud silente, junto al brocal, tengo el alma en vilo, y dejo que mis ojos se hundan en la profundidad del agua y del tiempo.

Y más allá del tiempo y de los siglos veo a Amós, el profeta de las estepas. Le oigo clamar: "Vendrán días en que mandará (Dios) a la tierra sed, pero no de agua, sino de oír la Palabra de Dios" (Am 8,11). Un escalofrío me sube por el alma.

La Palabra es salvación. Sigo mirando, y mis ojos adivinan, cada vez más cerca, a otro personaje. Es Juan el Bautista. Se va aproximando a paso ligero. En el radiante sol de mediodía veo a Jesús, el Hijo del Hombre. Curiosamente, también a Nicodemo, el buscador insaciable del Agua de la Vida, que está a punto está de dar alcance al Rabí de Nazaret.

Hay más gente, mucha gente, subiendo desde el hondón de los siglos. Todos vienen derechos al pozo, en ingente procesión. Se les unen los justos del Apocalipsis, portando ramos de olivo en las manos, todos ellos van vestidos de blanco. ¿Estaré soñando?

Pozo de la Samaritana, pozo es éste de agua limpia, sacramental, me atrevería a decir. Gesto, símbolo, realidad.

Sigo hundiendo mi vista en el tiempo. De pronto, una grieta se abre en el roquedal del desierto, y veo que comienza a brotar agua de una roca, hasta convertirse en un surtidor.

Moisés ha levantado su cayado. Dos veces ha golpeado sobre la roca. Y de pronto, el agua se convierte en un torrente que va llegando abundante hasta el pozo. El cayado de Moisés, de noble madera de olivo, tiene forma de cruz.

Jesús de Nazaret, sentado en el brocal, parece estar a la expectativa. El desierto es un reverbero de luz. Con su cántaro vacío la mujer se ha acercado al pozo. No oculta su extrañeza ante el desconocido, y aún es mayor su desconcierto cuando éste le dice:

—"Mujer, dame de beber" (Jn 4,7).

Un bochorno canicular se extiende sobre Samaría. La sorpresa paraliza el silencio, y el silencio da paso a la Palabra. Testigo el pozo que se inmortaliza en la metáfora del tiempo y de la historia transcurrida, por ser este pozo paradigma de todas las evidencias.

Descubiertos quedan los sentimientos. Mientras tanto, el cántaro sigue vacío. La mujer, con gesto altanero responde:

—¿Cómo se te ocurre pedirme agua a mí, siendo tú judío y yo samaritana?

—Ay, mujer, si supieras quién es el que te pide agua, tú me la pedirías a mí.

—Anda, no digas tonterías, si no tienes ni con qué sacar el agua.

Jesús ha dirigido la conversación por los cauces deseados. Ahora va a dejar a la mujer en evidencia, descubriendo sus vacíos y la necesidad de llenarlos.

—Mira, mujer, hazme un favor, llama a tu marido, que quiero hablar con él.

Una sonora carcajada rompió de momento la situación un tanto tensa de la mujer.

—¿Mi marido? No tengo marido.

—Qué gran verdad acabas de decir, mujer; por supuesto, la pareja actual con la que estás no es tu marido. Ni los cinco que has tenido con anterioridad, ninguno ha sido tu marido.

El estupor paralizó a la mujer. Había quedado en evidencia por un desconocido. Al descubierto había quedado su vida, la de ella y la de todas las samaritanas y samaritanos —yo, tú, él—, que en el mundo han sido y serán.

Una brisa tenue, agradable, comenzó a correr. Y de diáfana transparencia empezó a destellar el agua. Era un agua nueva, distinta. Era el Agua nueva que salta hasta la vida eterna.

Acaban de llegar los discípulos, se han extrañado de que Jesús estuviera a solas con una mujer. Ninguno le ha preguntado nada. Yo, ignorado entre su presencia, he vuelvo mis ojos al Divino Maestro. Él sabía que yo estaba allí. Mis ojos se han cruzado con los suyos. Esos ojos, que con tanta intensidad, ternura y delicadeza han mirado a los ojos de la mujer, me están mirando también a mí. Hay amor, hay ternura, hay amistad, hay vida en su mirar.

Gentes de todos los credos, lenguas y naciones se arraciman ahora junto a Jesús de Nazaret. Las noticias vuelan, y el pueblo entero está alrededor del pozo. Los olivos tienen la quietud calma del mediodía.

Es ahora la mujer quien pide:

—"Maestro, dame de esa agua".

Y el Pozo, puesto en pie, comienza a verter el agua sacramental, del perdón, de la solidaridad, de la amistad sobre una humanidad sedienta, arremolinada junto al Divino Maestro.

Desde el Pozo de la Samaritana, y más allá de los olivos, comienza a otearse un horizonte lleno de esperanza. Testigo, el Pozo de la Samaritana, inmortalizado por Jesús.

RELATO 15º

ENTRE LOS OLIVOS DE GETSEMANÍ, REFUGIO DE ORACIÓN

Pasajes bíblicos:

Mateo 26,36ss **Marcos** 14,32ss **Lucas** 22,39ss **Juan** 18,1-12

Los cuatro evangelistas narran el momento. Jesús y los apóstoles han terminado la cena. Hay una atmósfera cargada de presentimientos. Está raro el ambiente esta noche. Han escuchado a Cristo uno de sus discursos más hermosos, hondo, sentido, emocionante. Judas se ha marchado antes de terminar la cena. No sabían que sería la última vez que lo iban a ver con vida.

Es noche cerrada. Se dirigen ahora hacia el famoso huerto de los olivos, Getsemaní. Parece que tienen la intención de pasar la noche allí. ¿Por qué? Los evangelios no mencionan que tuvieran alguna casa o al menos una cabaña allí para descansar. ¿A la intemperie, pues? ¿Era el estilo habitual de la gente en general o de sólo ellos? Tampoco resulta extraño en gente descendiente de un pueblo nómada. Sin embargo el Evangelio dice que fueron allí para orar. Era allí donde Jesús acostumbraba a reunirse con sus discípulos para orar.

Al amparo de mi grupo y de la multitud que visitaba el famoso Huerto de los Olivos, me hice a un lado. Nadie notó mi ausencia, y fui a esconderme entre los amplios pliegues de un añoso, vetusto y amplio tronco de un frondoso olivo.

Getsemaní, llamado así por el trujal, o prensa de aceite, que allí había. Un olivar que ha pasado a la historia por ser el lugar donde apresaron a Jesús.

Rajado por los siglos, y las miradas curiosas de los turistas, el viejo olivo donde me refugié, guardaba mucha historia. Sentí una necesidad apremiante de preguntarle, preguntarle qué..., me dije. No lo sabía con certeza. Era como si un periodista se hubiera presentado de golpe en una tertulia sin saber de qué iba el tema y se quedara sin preguntas. Tuve la seguridad de que el viejo árbol entendería mi azoramiento. Mi primera pregunta fue:

—¿Cuánto tiempos llevas aquí?

—No lo recuerdo, hijo, no lo recuerdo. Voy perdiendo la memoria. Soy tan viejo... Miles de años, tal vez.
—Entonces, ¿sabrás muchas cosas, habrás visto pasar la historia desde tus ramas? ¿Qué es lo que más te ha impresionado?
—¿La historia...? Oh, sí; toda la historia he visto pasar desde aquí. Las guerras, hijo, las guerras, me han impresionado; y, sobre todo, me han dolido. Me ha dolido la imposible paz de esta tierra que llaman, y es, santa; la paz que yo llamaría del "nunca jamás". Pero lo que más ha marcado mi existencia, ha sido ver llorar a Cristo...

Noté que el viejo olivo se estremecía como en un sollozo que recorriera todo su añoso tronco.
—Continúa, por favor, continúa.
—Cada vez que lo recuerdo, la emoción embarga mi ser. El Maestro venía frecuentemente al huerto. Aquí solía sentarse, a mi vera. Le gustaba la frondosidad de mis ramas, mi sombra protectora. Aquella noche, lo recuerdo muy bien, era noche de luna llena, espléndida. Pero él estaba triste, muy triste. Se arrodilló, y se puso a rezar, como solía. Pero lo vi inquieto. Juntó sus brazos, apoyó su cabeza en ellos y comenzó a sollozar. Era un llanto que conmovía, punzaba, y traspasaba el alma. Lloró amargamente, y sobre todo rezó; rezó por Jerusalem, sí, lo recuerdo. Su oración era como el clamor aunado de todos los profetas.

A la luz de la luna, se veía el templo en su grandiosidad.
—El Maestro rezaba también por el templo. Decía: "Día vendrá en que no quedará piedra sobre piedra..."
—¿Es posible?
—Y tan posible, hijo, tan posible. No muchos años después de la muerte del Maestro, los judíos tuvieron una rebelión el año sesenta y seis. Los romanos, dueños entonces de medio mundo, no anduvieron con historias y entraron a saco. Cuatro años más tarde, Tito destruyó completamente Jerusalem; y, lo peor de todo, también el Templo. Ha sido el sacrilegio más grande de la historia; y el que ha provocado más llanto, más divisiones y más guerras.
—¿Más guerras, por qué?

El viejo Olivo hizo una pausa, como si necesitara respirar hondo. Remontándose a la historia, continuó:

—Los judíos no podían, ni debían, aguantar estar siempre siendo humillados. Inician una nueva rebelión dirigida por Bar-Kojvá. Ahora es Adriano, emperador de Roma, quien ataca. Y hasta le cambia el nombre a la ciudad santa.

—¿Qué nombre le dio?

—Uno esperpéntico y pagano: Aelia Capitolina.

—¿Pero en el siglo IV las cosas cambiaron, ¿no? ¿No fue cuando se convierte Constantino al cristianismo...?

—No, no cambiaron. Porque, si por una parte, es cierto que vino una etapa de paz, no duró mucho. La dominación bizantina trajo paz, se construyeron iglesias, se extendió el cristianismo... Pero a comienzos del siglo VII son los musulmanes los que entran en acción. Jerusalem pasa a ser para ellos la tercera ciudad en importancia, tras la Meca y Medina. Lo cual, tampoco hubiera tenido mayores consecuencias. Pero es que, el año 1.009, el califa Sakim hizo la barbaridad de destruir el santo Sepulcro, y esto provocó la animosidad entre Oriente y Occidente, que dio lugar a la entrada en acción de los Cruzados.

Me imaginé a Cristo, arrodillado junto al árbol. Gotas de sangre corrían por su sien. El sufrimiento debía ser atroz. También a él, como buen judío, debía dolerle una historia cuajada de guerras, de odios. Él había venido al mundo para redimirlo, para hacerlo habitable desde una fraternidad que hiciera posible una convivencia pacífica basada en el amor. Estaba a unas horas escasas de ser ajusticiado en el patíbulo de la cruz. Buscó apoyo moral en sus discípulos y amigos más queridos: Pedro, Santiago y Juan. Fue hacia ellos y los encontró dormidos.

—"¿Ni siquiera una hora habéis podido velar conmigo?".

Regresó junto al viejo Olivo y continuó orando. ¡Pobre Cristo!

—Dime, ¿cuándo entran los Cruzados en Jerusalem?

—Finalizando el siglo XI, concretamente el año 1.099. Pero no había pasado un siglo de su estancia en Tierra Santa y ya Saladino, el flamante príncipe egipcio, les estaba infligiendo la más absurda derrota.

—¿Por qué absurda?

—Porque prácticamente no hubo lucha. Situados los Cruzados en los Cuernos de Hittín, los musulmanes aprovecharon la brisa que se levanta a mediodía; prendieron fuego a la hierba, los acorralaron formando un cerco, y los Cruzados murieron calcinados dentro de sus armaduras.

—Amado Olivo. Sé que esto sucedió el año 1.187. Conozco la Historia. Incluso, hace poco que he estado en los Cuernos Hittín.

—Has de saber que los Cruzados construyeron muchas fortalezas... Fueron grandes guerreros, y grandes defensores de los Santos Lugares. Y por lo mismo, construyeron enormes y sólidas fortalezas. Pero ya te he dicho que ésta es tierra de guerras. Precisamente, el año l.263 el sultán mameluco egipcio, Baibars, les conquista a los Cruzados las formidables fortalezas del litoral. Y cuando en 1.291 el sultán El-Ashraf, conquista y arrasa Acre, la capital de los Cruzados, podemos decir que es también el fin del Reino Latino de Oriente.
—Así es, mi querido Olivo.

El viejo olivo, hizo una pausa; era evidente que le pesaban los años, y un deje de tristeza sacudía sus ramas. Pero le pesaba más la historia. Una historia dolorosa de guerras, modernas y antiguas.

Los turistas y peregrinos seguían disparando sin cesar sus cámaras fotográficas. No deseaba yo que advirtieran mi presencia. Hubiera supuesto por mi parte un sacrilegio apócrifo más a la historia. Mientras los grupos de peregrinos proseguían su marcha, todavía pregunté:

—Mi viejo y querido Olivo, díme, por favor, ¿estabas ya aquí cuando Abraham subió al monte Moriah con su hijo Isaac, para el sacrificio?
—Gracias por tu pregunta, que me ha hecho refrescar la memoria. Sí, claro que estaba; y mucho antes. ¿Recuerdas cuando Noé, tras el Diluvio universal, mandó desde el Arca una paloma para ver si las aguas habían bajado?
—Por supuesto; creo recordar que a la tercera vez, regresó llevando en el pico una ramita de olivo.
—Exacto. Pues ésa, cabalmente, fue la rama que prendió en este lugar y que dio origen a este frondoso, multisecular y añoso olivo con el que estás hablando. Y aunque me veas tan viejo, te diré que nunca, nunca, me terminaré. Soy, preciso es decirlo, y preciso que lo sepas, soy el olivo de la Paz. Yo vi a Josué atravesar el Jordán, trece siglos antes de Cristo, y conquistar la tierra de Canaán. Y contemplé, al poco, la llegada de los filisteos. De mí tomaron el aceite para ungir a Saúl como primer rey de Israel. He contemplado la invasión y ocupación de Samaria por los Asirios. Y el exilio de las diez tribus del norte. Y la destrucción primera de Jerusalem y del Templo por Nabucodonosor. Por aquí pasó Alejandro Magno cuando conquistó Palestina. Asistí con horror a la profanación del Templo por Antíoco IV... Pero mi savia rejuveneció cuando vi brillar, en aquella noche de paz, al comienzo mismo del Nuevo Testamento, la estrella que guiaba a los Reyes Magos hasta Belén. Por aquí pasaron,

también ellos eran gente de paz y de bien. Y me eternicé, como símbolo de paz, y de gozo eterno me estremecí, cuando aquel día José, con la Virgen y el Niño, junto a mí pasaron. Mías eran también las ramas con las que aclamaron al Mesías en aquel domingo triunfal. ¡Hosanna, hosanna...!, gritaba a coro el pueblo entero. Yo bailaba de emoción... Mas, también lloré, y sigo llorando…

Aquella noche era jueves. Ha pasado a la Historia como un jueves sagrado: Jueves Santo.

El Maestro, aclamado días antes con gritos de ¡Hosanna!, ¡Hosanna!, está ahora a unas horas de ser ajusticiado por el mismo pueblo que lo recibió con palmas y ramas de olivos.

—Qué voluble es la gente!

El viejo árbol asintió en silencio. Respeté su silencio con profundo respeto. Besé su añejo tronco y me fui. Sin poder reprimir una lágrima, con infinito cariño le arranqué una hojita para guardarla entre las páginas del Libro sagrado, la Biblia, que llevo conmigo, y proseguí mi peregrinación.

RELATO 16º

DOMINGO DE RESURRECCIÓN, EN EL JARDÍN DEL HUERTO

Pasajes bíblicos:

Mateo: 28 **Marcos:** 16 **Lucas:** 24 **Juan:** 20

Los recuerdos de tantos acontecimientos históricos que han configurado la historia misma de la humanidad están recogidos en infinidad de libros. Pero también se agolpan en el archivo de la mente. Tantos que, a este apócrifo historiador, le resulta imposible compendiarlos. Queda, no obstante, la memoria histórica de la Humanidad, como patrimonio común.

Fue este el motivo por el que, casi sin pensarlo, me metí entre los olivos del que llamaré Jardín de Resurrección. Comencé a caminar, pensando en aquel domingo, o primer día de la semana, de la Creación; y el segundo y definitivo domingo que marcaría el centro de la celebración de fe más importante para los cristianos y el resto de la humanidad: la Resurrección de Cristo.

Quise situarme en el tiempo, sólo dos mil años atrás. Estaba a las afueras de Jerusalem, cerca del Monte Calvario. Vi que había un huerto. Parecía abandonado. No encontré a nadie. A uno de los extremos de un ribazo formado por rocas calcáreas, había una especie de cueva. Se trataba de un sepulcro. Estaba abierto, vacío, abandonado. Sin embargo…

Han pasado más de dos mil años. En términos de historia no son nada. Pero aquel sepulcro vacío fue el único testigo mudo del gran acontecimiento que habría de marcar e impregnar por igual la fe y la historia.

La Biblia —conciencia e historia a la vez— lo refiere con rasgos transidos de emoción.

Al relente de los años que estigmatiza la existencia de cada quien, y la mía, como un turista cualquiera que recorriera los caminos de la historia, he tratado de andar algunos de estos bíblicos caminos.

Lo recuerdo bien. Había llegado a la orilla del mar. Yo, turista, veía a los demás turistas, subir y bajar las gradas del magnífico teatro de Cesarea, a orillas del Mediterráneo, la ciudad construida por Herodes, sede que fue del gobierno de Poncio Pilatos. Allí, donde el diácono Felipe catequizó; y donde Pedro predicó al centurión Cornelio.

En Tel Aviv, la ciudad moderna y hermosa, ajena, por joven, al devenir de la historia antigua, me sorprendí preguntándome a mí mismo:

—¿A qué hora sale el próximo vuelo?

—¿Vuelo, dice? Señor, no hay vuelo. El último pasajero, y en barco, fue Jonás; salió de este puerto, de Yafo, huyendo vergonzosamente.

Casi me sobresalté, sin saber con exactitud si estaba soñando, si pensaba en voz alta, o trataba de hacer una introspección al pasado. Me pregunté a mí mismo:

—¿Huyendo vergonzosamente? ¡Los profetas no huyen!

Pero una voz, desde el fondo de la conciencia me respondió:

—A veces, también los profetas huyen. ¿Adónde quieres huir tú?

¿Iba yo huyendo?

—Yo no soy profeta. Si acaso, un peregrino. Un sueño en el tiempo, abierto a la eternidad, que resulta ser igual. No huyo. Subo a Jerusalem.

La voz continuó:

—El mundo está lleno de profetas, de soñadores. ¿A Jerusalem? La última vez que Jesús de Nazareth subió a Jerusalem no regresó. Ese sí fue un verdadero profeta. Los verdaderos profetas mueren mártires. Y en el mundo hay más profetas y mártires de lo que te imaginas.

Cuánta razón había en aquellas palabras. Jerusalem. El monumento al Holocausto de Yad Vashem, era la memoria lacerante y testimonial de millones de mártires, hombres, mujeres y niños; gente asesinada, sin más razón ni por más motivo que el profetismo de su raza. Gente de paz, en definitiva. Profetas anónimos en el tiempo.

Contemplé meditativo respeto la llama perpetua, que arde en plegaria universal. Elevé una oración ferviente desde el fondo de mi ser; me escocía el alma.

Pedí que la llama testimonial encendiera de amor los corazones. Al terminar, un ¡Amén!, dicho con todas mis fuerzas, estremeció mi conciencia. Estoy seguro que los niños huérfanos que el Dr. Janusz Korczak intentó salvar lo agradecieron desde la estatua.

Fui recorriendo las calles de la ciudad amada, Jerusalem. La torre de David, sobria, con su minarete, junto a la Puerta de Jafa, me servía de referencia orientativa. Me adentré por el barrio judío, donde el Cardo máximo, vía pública de primerísima importancia, me remontaba a la época bizantina. Época que descubre, a propios y extraños, monumentos de la antigua Jerusalem, como la sinagoga de Hurva, es decir, "Ruina".

—Toda ruina señala una destrucción; caen las piedras, pero permanece el pensamiento, me dije.

Sobre la explanada del templo, la hermosa fuente de El Kas que los musulmanes utilizan para el rito de la purificación, era una invitación a la reflexión. A buen seguro que, de haber existido entonces, Pedro se hubiera lavado cabeza, pies y manos, en esta fuente; porque por más que insistió, el Maestro sólo le lavó los pies, pero en qué apuros lo puso.

—"El que está limpio no necesita lavarse más que los pies".

Entré a la mezquita de Al Aqsa, la misma que, desde su construcción 705-714 por el califa El Walid, había sufrido dos fuertes terremotos. Restaurada en 1040, los Cruzados la utilizaron como cuartel. Una falta de respeto enorme, sin duda. Las religiones siembran discordias y encienden guerras. El hombre se empeña en buscar a Dios, pero no se deja atrapar por Él.

Pasé luego a la mezquita de La Roca. Al salir, me detuve en la Qaytbay Sabil, la fuente consagrada en 1482. Sólo almas de exquisita sensibilidad, pensé, han podido crear obras arquitectónicas de tanta belleza. Es que, el alma del ser humano es unívoca. Ha salido de las manos del Creador a su imagen y semejanza.

En estos pensamientos andaba, cuando llegué a la iglesia del "Paternoster", mandada edificar por Elena, madre del emperador Constantino, en el siglo IV. Los turistas buscaban afanosamente, entre tantas que ornan los muros, la lápida que contuviera la versión correspondiente de su lengua patria. El Padre nuestro, en casi todas las lenguas. El mismo Dios, invocado con balbuceos de tantos hijos dispersos, todos llamándole Padre. Y sin embargo, divididos, desde Babel, más que por las

lenguas, por los corazones. Me acordé del monasterio trapense de Latroun, entre Jerusalem y Tel Aviv, posible emplazamiento de Emaús. Evocaba recuerdos de discípulos con prisa.

Efectivamente, Emaús se me antojaba ser el símbolo de la prisa, de la desconfianza y la evasión, en suma. La prisa está aliada con la desesperanza.

Era Domingo. ¿Qué prisa tenían aquellos discípulos del Maestro por marchar? ¿No acababan de oír a las mujeres decir que habían visto a Cristo resucitado? ¿No pudieron esperar un poco, tan sólo un poco, ante tan sorprendente y fausta noticia? No era un domingo más, primer día de la semana, día laboral. Era el Domingo de la Resurrección. Seguiría siendo el primer día de la semana, pero a partir de ahora se convertía en el día festivo por excelencia para los cristianos.

Los discípulos de la evasión, de la desconfianza y de la prisa no se habían enterado. Pero a Jerusalem se vuelve siempre. Y ellos volvieron, tras el encuentro tenido con Jesús, por el camino.

—"¿No sabes lo que ha pasado estos días en Jerusalem?".

La pregunta se la hacen a Jesús. ¿Y quién lo sabía? ¿Acaso ellos lo sabían? De ser así, ¿se hubieran marchado sin indagar a fondo la realidad sobre la resurrección? ¿Sin un intento, al menos, de encuentro con Cristo resucitado? La noticia dada por las mujeres había corrido de boca en boca.

Pero las cosas sólo se saben en profundidad desde la fe. Yo también necesitaba certeza. Así que, sin pensarlo más, me fui derecho al Jardín de la Resurrección. Como María Magdalena, quería estar en vigilante espera. Que aquella mañana era de Resurrección. El alba empezaba a clarear y los olivos exhalaban el aroma agradable de su floración.

Alegraba el alma ver los olivos que derramarían copioso el aceite de sus frutos, curando tantas heridas. Olía a Resurrección. Olía a Vida. Me arropé con el relente del alba.

Una mujer lloraba silenciosamente cerca del sepulcro. Era, en efecto, María Magdalena que guardaba junto a su corazón, con el aroma del alba, el perfume de unos nardos. Y una lágrima enamorada.

Era domingo, temprano, muy mañana, conviene recalcarlo.

—“¡María, por qué lloras!”.

El corazón de María Magdalena da un sobresalto. La gracia halada del alma la había llevado segura al encuentro de su Señor muy Amado. Está nerviosa.

—“Si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto”.

El encuentro quedaba borroso por las lágrimas. Los olivos comenzaban a batir sus ramas en señal de alegría. La noche se alejaba tras los colores del alba.

Debió ser domingo también cuando Dios dijo por primera vez:

—“Hágase”.

Fue domingo, sin duda, cuando dijo Dios “Hágase”, y se hizo la luz, el mundo, la vid. Y la Creación saltó de alegría. Fue el primer día de la Creación.

Hoy también es domingo. La segunda vez que Dios dice: “Hágase”. Y se ha hecho de nuevo la Vida, en la Resurrección.

En torno al sepulcro revolotean ángeles vestidos de blanco

—“¡María!”

Esa voz…, su acento, su dulzura, le es familiar. Se vuelve, lo ve, y se impulsa hacia Él.

—“¡Rabboni, Maestro mío…”!

—“No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”.

Fue en el Jardín que yo llamo, de la Resurrección. Domingo, muy de mañana, en la ciudad blanca de Jerusalem, tan amada. Ciudad para soñar, ojalá, la paz.

RELATO 17º

EMAÚS,
CAMINO DE IDA Y VUELTA

Pasaje bíblico:

Lucas: 24,13-35.

Emaús, visto con superficialidad, puede resultar evocador, romántico, casi bucólico. Todo porque se le suele contemplar con ojos pascuales. Es decir, desde el gozo que produce la Pascua, y que hace sentirse como en una nube, donde se flota con una especie de mística envolvente, pero sin implicarse en su significado real.

Y por lo que tiene de evocador ha dado lugar a estampar su nombre en distintos lugares construidos para tener convivencias, retiros, etc. Pero Emaús, bíblicamente, no es un lugar para quedarse. Es lugar de ida y vuelta.

Emaús es un camino que hay que andar desde la fe. Emaús es un camino de encuentro. Camino que hay que andar a la ida y que hay que andar de regreso.

Emaús es un camino que habría que llamarlo de la desesperanza. Lo recorren dos discípulos el mismo día de la resurrección. San Marcos sólo alude a ellos (Mc 16, 12-13). En cambio, san Lucas es el que nos relata ampliamente los hechos (Lc 24, 13-35).

Han oído decir a las mujeres que Cristo ha resucitado, pero ellos, extrañamente, se van a su aldea. Se ve que tenían prisa por seguir su rutina habitual. O, quizá, no se creyeron lo escuchado a las mujeres. No obstante, denotan, de hecho, una enorme falta de fe y de esperanza. Creyentes en apariencia, en el fondo carecen de una fe personal y comprometida.

Pero Cristo está al quite. Y se les hace el encontradizo, dándoles alcance en el camino. Les pregunta de qué hablan, para poder terciar en la conversación. ¿De qué iban a hablar, sino de los acontecimientos que tenía sobresaltada a toda Jerusalén?

Ellos mismos se extrañan de la pregunta. ¿Acaso se podía hablar de otra cosas?

Y sin embargo, y esto es lo más curioso, ellos se van. Han tomado el camino de la aldea y se han marchado de Jerusalén. Pero a Jesús no se puede escapar nadie.

Comienza entonces Jesús una exhaustiva catequesis explicándoles toda la Biblia, hasta aterrizar en el momento en que se estaban protagonizando los hechos. Por cierto, no debieron captar demasiado, seguramente tampoco estarían muy versados en Biblia. Entenderán más tarde, a la hora de la cena, cuando reconocen a Jesús.

¡Qué distinto resulta Jesús cuando se le conoce de verdad, a cuando sólo se tienen de él vagas referencias!

De este primer momento, es importante el simbolismo del camino de Emaús. Lo primero, hay que ponerse en camino. Hay que hacer el camino. Y en segundo lugar, ese camino no se debe hacer solo. La compañía resulta imprescindible. Y en el camino de Emaús la compañía es Jesús.

El hecho de caminar juntos, de hacer el camino juntos, produce seguridad, unión, apertura, solidaridad, y la posibilidad de que ese caminar no sea estéril.

Emaús, fundamentalmente, es encuentro. Y encuentro con quien debemos encontrarnos en la vida. Primero Cristo, luego el prójimo.

Pero este encuentro no se va a producir sin abrir las ventanas del alma para que entre la luz radiante de quien nos va iluminando las ideas y poniendo fuego en el corazón, Cristo.

Este pasaje, exclusivo de san Lucas, nos traza con gran fuerza narrativa y desarrolla magistralmente un perfecto estudio psicológico de los protagonistas, que pasan progresivamente del desencanto producido por unos hechos mal entendidos a una fe entusiasta en Cristo resucitado.

Este es otro de los grandes símbolos para poder entender el significado de Emaús: el encuentro personal con Jesús.

Para ellos fue en el camino material que iba de Jerusalén hasta la aldea. Para nosotros en el camino real de nuestra vida personal y social o comunitaria.

Hay dos momentos reseñables del encuentro. El primero, el simple caminar materialmente hacia la aldea. Cotidiana aldea de una vida apacible, sin sobresaltos, compromisos, ni tensiones. Pero el camino verdadero de la fe está lleno de sobresaltos.

Y el segundo, el encuentro más fuerte, que tiene lugar cuando llegados a la aldea invitan a Jesús a quedarse a cenar con ellos.

Jesús se queda. Lógico, a eso venía. Y es que Jesús siempre se queda cuando se le abre, aunque sea mínimamente, el corazón.

En ese momento se produce la gran sorpresa, el encuentro consciente con Cristo. Han acogido, aun sin conocerlo, a Jesús, y ahora él les ha encendido del fuego nuevo el corazón. Y se levantan de la mesa, tras conocer a Jesús en el gesto de bendecir el pan. Y regresan a comunicar llenos de un gozo nuevo, inédito, la gran noticia: Cristo ha resucitado. Está vivo.

Emaús no es lugar para quedarse. Es camino de ida y vuelta. El ir significa madurar la fe, que llevará al conocimiento de Cristo. Y el volver, significa pregonar a los demás la Buena Nueva: Jesús ha resucitado.

La fe hay que comunicarse, compartirla. La fe no es producto que se guarda. Si no se comparte caduca.

La fe se comparte con los demás. Y los demás son todos los hombres y mujeres que quizá andan escasos de esperanza y sobrados de cotidianidad y rutina.

Ahí están también los pobres, necesitados del testimonio de la esperanza transmitida por quien se ha encontrado de verdad con Cristo.

Y los ricos, infatuados de sí mismos, y de una efímera seguridad.

A todos hay que extender el gesto del optimismo, de la alegría, de la cordialidad, y del amor que Cristo transmite con el solo gesto de bendecir el pan. Bendición que abre los corazón a la verdad.

El regreso significa encontrarse con la comunidad. Y compartir el gozo nuevo de la Pascua que nos cambia para siempre la vida, que nos saca de nuestros caminos trillados, simbolizados en el camino de Emaús, y nos lleva por el camino siempre nuevo del Evangelio.

EL DNI DE DIOS ES JESUCRISTO

Cada persona se identifica por su Documento Nacional de Identidad (DNI). Este documento lleva impresa necesariamente la foto de la persona a quien pertenece, y un chic electrónico con los datos correspondientes que identifican a la persona.

Usando esta terminología, bien podemos decir que el DNI de Dios es Jesucristo. Él es quien nos ha revelado y dado a conocer al Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza, según la expresión bíblica. Es más. Dios se ha fundido con lo humano. Por eso, encontramos a Dios en Jesucristo, pero podríamos añadir: también desde nuestra propia humanidad.

Cuando llegue la hora definitiva de ir a su encuentro no contará la fe, ni la religión que hayamos practicado, sino lo que hayamos hecho por los demás. A veces nos hemos inventado dioses, religiones y ceremonias múltiples para tranquilizar la conciencia. Pero la gran verdad del hombre la encontramos en Jesucristo, el Enviado del Padre. De ahí que en verdad podamos decir:

—Jesús es el Señor (Rm 4, 24; etc.). Expresión de la tradición bíblica; aplicada a Dios como Señor de cielo y tierra, como su Dueño y Creador. Por lo mismo, la aplicamos igualmente a Cristo, Dios y Hombre verdadero.

—Jesús es el Mesías (Mt 16, 20; etc.). El Ungido de Dios, el Enviado como Salvador con rango divino, aunque no haga alarde de su categoría de Dios. (Flp 2,6).

—Jesús es el Hijo de Dios (Mt 16, 16 etc.). Ser Hijo es ser como el Padre.

La Biblia, decimos, es Palabra de Dios, contiene su Mensaje a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Y se ha escrito en razón de Cristo, el Mesías. Cristo es el centro y la razón de ser del Libro Sagrado. Y la apoteosis bíblica es la Resurrección de Cristo**,** a partir de la cual, como experiencia pascual, los discípulos descubren, viven y predican a Jesús de Nazaret, el cual siendo Dios, se hizo Hombre, vivió y predicó la Buena Nueva de Dios, murió y resucitó.

En conclusión, si el DNI de Dios es Cristo, nosotros sus seguidores tenemos que ser el DNI de Cristo, cumpliendo su mandato de “amarnos los unos a los otros”, porque estamos llamados a llevar la Buena Nueva al mundo entero.

Las páginas de este libro han querido ser, simplemente, una incursión, un pequeño viaje apócrifo, por los senderos bíblicos. Eso sí, en relatos de fe creyente.

Escrito en forma de reflexión poético-alegórica, espero sea del agrado de cuantos lo lean.

Para terminar, invito a los lectores a proclamar su Fe en Jesucristo, como hizo este redactor apócrifo al finalizar los distintos recorridos por la llamada Tierra Santa:

—"Creo en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre"…, como lo expresó el Concilio de Calcedonia (año 451).

El mismo Concilio que proclamó que Cristo es una sola Persona en dos naturalezas, la humana y la divina.

Este es, en resumidas cuentas, el contenido central de nuestra fe:

—Jesús es el Señor (Rm 4, 24 y ss).
—Jesús es el Mesías (Mt 16, 20; etc.)
—Jesús es el Hijo de Dios (Mt 16, 16 etc.)
—Creemos en el Dios que nos ha dado a conocer Jesús, como: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ÍNDICE

Preámbulo 2

Prólogo 3

RELATO 1º 4
Universal Tierra Madre, para Adán
y descendientes

RELATO 2º 9
Noé, capitán del primer barco mercante

RELATO 3º 14
Abrahám El nómada universal

RELATO 4º 23
El desierto, tierra de los sin papeles

RELATO 5º 28
Los espías de Jericó

RELATO 6º 33
Jonás, profeta de esperanza apócrifa

RELATO 7º 38
A occidente, sobre los montes del Carmelo,
la sunamita

RELATO 8º 42
La cosa empezó en Galilea

RELATO 9º 44
El desierto, o las tentaciones de la soledad

RELATO 10º 50
Cafarnaúm, ciudad de Pedro y de Jesús

RELATO 11º 58
Pedro, el Pescador de Galilea

RELATO 12º 63
Ladera abajo de las Bienaventuranzas

RELATO 13º 70
De Séforis al lago del arpa, remanso de paz

RELATO 14º 74
Pozo de la samaritana, donde todos van
por agua

RELATO 15º 78
Entre los olivos de Getsemaní,
refugio de oración

RELATO 16º 83
Domingo de Resurrección,
en el jardín del Huerto

RELATO 17º 88
Emaús, camino de ida y vuelta

Epílogo 91
El DNI de Dios es Jesucristo

Escrito sobre la piel del tiempo
en el mes de octubre
del Año de Gracia del Señor
del 2014
según el calendario cristiano
y 5775
según el calendario judío